

MONTEVIDEO EN LOS AÑOS 60

Comenzaba el año 1960. Metido como una cuña entre dos colosos territoriales como son Brasil, 45 veces más grande, y Argentina, 15 veces mayor, se sitúa Uruguay, el país más pequeño de Sudamérica.

En su capital, Montevideo, en el mes de enero el verano está en pleno apogeo. Una temporada siempre bien recibida por todos sus habitantes para disfrutar de unas vacaciones y sacudirnos el frío del otoño y del invierno, después de ocho largos meses húmedos y fríos, con semanas enteras de lluvias y viento casi sin interrupción.

Disfrutar de las playas es un capítulo de mucha importancia en esta ciudad. La naturaleza ha dotado a Montevideo de una línea de playas naturales que comienza por Playa Ramírez, casi en el centro de la capital, pasando por la Playa de la Estacada, Playa Pocitos, la del Buceo, Malvín, Playa Honda, Playa del Inglés, Playa Verde y la extensa Playa Carrasco que cierra la línea de las playas capitalinas.

Casi veinte kilómetros de playas naturales a orillas de la ciudad, que continúan más allá de Montevideo expandiéndose hacia el este, cubriendo 350 kilómetros hasta llegar a la frontera con Brasil, con anchas playas casi desérticas donde posiblemente nadie ha puesto el pie en el mismo lugar en el que tú hayas pisado. Una maravilla natural, sobre todo para aquellos que vivimos en la superpoblada Europa.

A lo largo de aquella costa nos desperdigábamos durante el verano una mayoría de los montevideanos, ya que hasta la década de los 60 Uruguay poseía una clase media bastante amplia, con un nivel económico y una estabilidad social muy por encima del resto de países latinoamericanos.

Poco después de entrado el siglo XX, en esa dilatada costa se fueron estableciendo pequeños pueblos que con el tiempo han ido creciendo, pasando a llamárseles "balnearios". Ya en los años 60 muchos de éstos, durante los meses de verano, multiplicaban varias veces su población estable, llegando a ser más extensos y populosos que algunas capitales de "departamento" (provincia). Entre estos balnearios destaca notablemente Punta del Este, lugar de veraneo de las familias pudientes de Latinoamérica, en particular uruguayos y argentinos. Estos últimos, ya en esos años, constituían la mayor parte de los turistas.

Era prácticamente obligado que aquellas familias adineradas de Buenos Aires se hiciesen ver, aunque fuera durante algunas semanas, por las playas, casinos, restaurantes y fiestas de Punta del Este. De otra manera no iban a estar a la altura de su condición social, ni poder comentar con sus ricos amigos, durante el invierno, sus andanzas en ese exclusivo lugar. Para envidia del pueblo trabajador, que para refrescarse durante el caluroso y húmedo verano bonaerense, a falta de playas, sólo podían acudir a las "piletas" (piscinas) de los alrededores de Buenos Aires, abarrotadas y tan cloradas los fines de semana, que salías de ellas con los ojos enrojecidos.

Pero era en Punta del Este, lugar de lujosos chalets con jardines de muchos metros cuadrados, cuidado césped y arbustos recortados por expertos jardineros, donde los hijos de los trabajadores y pequeños comerciantes uruguayos, verano tras verano, nos colábamos para pasar una semana o unos días en esas playas. Por supuesto no viajábamos en avión ni pernoctábamos en los lujosos chalets, sino que íbamos "a dedo" y el que más suerte tenía dormía en el garaje de la casa de veraneo de los padres de algún amigo o compañero de estudios. El resto de los mortales dormíamos en el amplio y ventilado "Arena Hotel", con la consiguiente dificultad para conciliar el sueño a causa del frío de la noche. La comida durante el día era menos complicada: refuerzo

(bocadillo) de mortadela, mañana, tarde y noche. Allí en la arena permanecíamos hasta que nuestros sonoros estómagos nos hacían soñar despiertos con un buen bistec y patatas fritas, y nuestros cuerpos nos pedían a gritos una cama mullida.

Por supuesto, en aquel lugar donde corría fluidamente el dinero, no faltaban las fiestas. Casi todas eran animadas por orquestas y grupos musicales de primera línea de la zona (Argentina, Uruguay, Brasil), incluso importantes orquestas internacionales entre las que recuerdo particularmente a los Lecuona Cuban Boys y a Xavier Cugat, quienes tocaban música tropical con orquestas bien numerosas, al estilo de las grandes orquestas de jazz norteamericanas, ya que estas dos formaciones estaban establecidas en EE. UU.

En todo caso, en los primeros años 60 las orquestas estrella eran las *Típicas*, es decir las de Tango. Y escribo Tango con mayúsculas, pues al ser provenientes de Argentina y Uruguay, sobran los comentarios.

También animaban estos espectáculos orquestas y cantantes desconocidos, que actuaban por un mísero dinero, pretendiendo hacerse conocer por un público influyente en Argentina o por productores de grandes compañías discográficas de aquel país, que como era de esperar veraneaban en ese lugar. Algunos artistas comenzaron su carrera a la fama de esa manera. Los grupos de rock, tal como los conocemos en la actualidad, simplemente no existían.

Tengo en mi recuerdo que en los años 1959-60 escuchaba por las emisoras de radio de Montevideo lo más cercano al rock que había entonces: The Platters con su "Only you" o "Sixteen Tons", entre otras, y el rock en estado puro: Little Richard y los mejicanos Teen Tops, quienes tienen el honor de ser los verdaderos precursores de los grupos de rock en Sudamérica y América Central, posiblemente antes incluso que en la mayoría de países europeos.

En aquel verano 1959-60, de vacaciones en Parque del Plata (balneario a 60 kilómetros de Montevideo), en una pizzeria que tenía una *juke-box* hice pasar tantas veces el disco de "Sixteen Tons", que mi madre acabó gastándose todo su dinero en el aparato. La pizza quedó para otro día.

Tenía en ese momento doce años, y supongo que en mi caso, como en el de muchos chicos de la misma edad, este tipo de música era algo nuevo que de algún modo estábamos esperando. Nos habíamos criado después la época de oro del tango, cuya temática era de unos valores sociales bastante anteriores. Ni nos gustaba la música centroamericana. Algo estaba cambiando en el gusto musical de los jóvenes uruguayos.

(Nota: Dicho lo anterior, cuarenta años más tarde y a miles de kilómetros de Uruguay o Argentina oigo tangos frecuentemente, reconozco que me gustan, y sin haber escuchado conscientemente ese tipo de música en mi juventud, recuerdo todas las letras, la música y hasta detalles de la instrumentación. ¿Será que lo llevamos en la sangre?)

LA MÚSICA EN MONTEVIDEO EN LOS AÑOS 60

Terminado el verano, a finales de febrero en el hemisferio sur, los chicos que teníamos doce añitos en ese momento nos preparábamos para el nuevo curso que comenzaba en el mes de marzo. Pero ese año había una gran diferencia con respecto a los años anteriores: pasábamos de la escuela primaria a secundaria, y ése era un cambio muy significativo. Los pantalones cortos se alargaban, y se usaba chaqueta y corbata en lugar del blanco uniforme de primaria. Había varios profesores en lugar de una maestra,

más libros y nuevos compañeros y compañeras a las cuales ya empezábamos a echarles el ojo.

Y por supuesto, influídos por los compañeros mayores, cargábamos nuestros bolsillos con un par de cigarrillos, que fumábamos en el recreo entre clase y clase, en los cuartos de baño del Liceo. Éramos tantos fumando al unísono, que al abrir la puerta salía una espesa nubarada de humo hacia los pasillos. No he visto usar los retretes propiamente en las horas de recreo, ni falta que hacía... Sólo nos preocupaba oír el grito "¡viene Curzio!" (el nombre del bedel más duro en aquel momento) para apagar los cigarrillos rápidamente y no ser descubierto infraganti.

Los profesores se dirigían a ti por el apellido. Ya no te llamabas Juan o Pedro sino Rodríguez o Pérez, y anteponían a tu apellido un sonoro y sarcástico "señor"!

Lo dicho, ya éramos "mayores" ...pero seguíamos siendo tan inocentes como el año anterior. Las chicas solían organizar pequeños festejos en sus casas con motivo de un cumpleaños (otras veces sin motivo aparente), donde los compañeros de clase íbamos invitados. Por lo general eran ellas las que tiraban del carro en lo que respecta a "amoríos", pero aunque ya en esos años comenzaban a resquebrajarse las recatadas costumbres de los años 50, aún lo hacían con mucho disimulo.

Sí, las niñas invitaban a bailar a los chicos, y éstos, con un subido color rojo en la cara, solían rehusar la oferta, por lo que las chicas terminaban bailando entre sí. Nosotros estábamos más preocupados por intentar conseguir algo de comida o bebida, que por el baile. Por lo visto, a esa edad, el sexo no había descendido lo suficiente. Aún lo teníamos ubicado en el estómago.

El tocadiscos, como era lógico, no podía faltar en aquellas reuniones. A través de su sonido chillón, casi sin graves, los chicos de nuestra edad comenzábamos a intercambiar nuestras preferencias musicales con aquellos discos de vinilo. Los singles (simples) giraban a 45 rpm, y los Long Plays (larga duración) a 33 rpm. Aún se usaban, aunque ya con poca frecuencia, los discos de pizarra a 78 rpm, que por lo general eran boleros pertenecientes a la discoteca de los padres.

La música que recuerdo haber oído en estas reuniones eran baladas, boleros, y sobre todo canciones de los italianos Rita Pavone, Peppino Di Capri, el ítalo-argentino Billy Cafaro, cantándole a una cafetera (el estribillo repetía "La cafetera, la cafetera fa blu, blu, blu")... Esperpéntico.

Otros italianos, Nicola Paone y Domenico Modugno, cantándole una canción a su amada a través de un teléfono, pegando unos estentóreos gritos "Perque ti amo, perque ti amo". Sobraba el teléfono, esos gritos se escuchaban desde Roma a Montevideo! Doble esperpento. Los otrora jovencitos, ahora mayores, recordarán esas canciones.

También se escuchaban, aunque menos, las canciones de Leo Dan, Palito Ortega y aquellos que formaban "El Club del Clan" (programa musical de la televisión de Buenos Aires, de gran difusión en todo el ámbito del Río de la Plata).

Y los Cinco Latinos o Los TNT, grupo éste formado por tres hermanos (Tom, Nelly y Tim), emigrantes italianos en Uruguay, que llegaron a tener un gran éxito.

En algunas contadas reuniones, cuando el anfitrión afinaba más el gusto musical, llegamos a oír música de Elvis Presley, The Platters o Los Teen Tops, repitiendo las mismas canciones sin parar durante toda la velada.

Éstas eran las preferencias musicales de los chicos de entre 13 y 15 años, estudiantes, ya que el gusto musical de los jóvenes más mayores que acudían a fiestas en salas de

baile o canchas cerradas de baloncesto, se decantaba más bien hacia las cumbias y la música tropical. Esas veladas eran amenizadas por orquestas que se denominaban "combos", y entre ellas una de las más famosas era la de Pedrito Ferreira, un negro alto y grande, de carácter apacible, que tenía el corazón más grande que el pecho, a quien tuve la suerte de conocer por ser amigo de mi padre.

Siendo Montevideo capital de un pequeño país, con una población de sólo un millón de habitantes, ostentaba sin embargo un récord de emisoras de radio, por su cantidad (creo que aún lo sigue teniendo). Ocupaba el total del dial de la radio, en la onda media desde los 530kHz a los 1600 kHz. Comenzaba con la característica CX4 y aumentando de dos en dos (CX6, 8, 10...) terminaba en CX52. Es decir, veinticinco emisoras, casi pegadas las unas a las otras en el dial.

Me atrevo a decir que esta multiplicidad de emisoras de radio, junto con la ausencia de grandes compañías discográficas como EMI, CBS, COLUMBIA o RCA Victor (que estaban radicadas en Argentina y solo tenían una mínima representación en Uruguay a efectos de comercializar los discos), contribuyó a que la oferta musical fuese más variada, y que los disc-jockeys, sin la presión de las grandes multinacionales del disco (en Buenos Aires los programas radiales de mayor audiencia cobraban de estas compañías por cada pasada de los discos de sus artistas), pudieran radiar la música que ellos mejor consideraran. Las decisiones sobre qué promocionar las tomaba un señor que se llamaba "productor", sentado detrás de su escritorio, con un dudoso olfato comercial y aún más dudoso conocimiento musical y artístico, decidiendo quién triunfaría y quién no, y así condicionaba el gusto musical del público.

(Después de haber "colado" esta protesta como proletario de la música, continúo acerca de las emisoras de radio...)

A finales de 1959 descubro un programa musical en CX 8 Radio Sarandí llamado "Discodromo Sarandí", que presentaba unas características nuevas con respecto a los demás programas musicales de entonces.

En realidad la mayor parte de la emisoras utilizaba la música como relleno entre programa y programa, y entre las kilométricas tandas publicitarias. Existían algunos programas generalmente de media hora, especializados en tango, folklore, música brasileña o música mejicana. No eran muchos y mayormente se emitían sólo con una frecuencia semanal. "Discodromo Sarandí", en cambio, se emitía varias veces por semana, y su música era nueva, en castellano, italiano o inglés, pero diferente a lo que hasta el momento se escuchaba. Recibió el nombre de "Música de la Nueva Ola"... Y aunque muchos renegábamos de ese título, la verdad es que fue una oleada de música novedosa que puso los pilares de lo que hasta ahora seguimos escuchando.

La característica principal de este programa era el *ranking* (no recuerdo si por ventas o por votos). Cada domingo "Discodromo Sarandí" se emitía desde la fonoplatea que la emisora poseía en una hermosa y espaciosa casona -seguramente construida en la época de oro del Uruguay- que había sido reformada interiormente para alojar los estudios y la platea donde se situaba el público. Allí se congregaban chicas y chicos de edades comprendidas entre los trece y los veinte años, que asistían a la programación del ranking semanal y escuchaban a los solistas que actuaban en directo, que eran seleccionados por Rubén Castillo, locutor y responsable del programa. Sin lugar a dudas, él fue el pionero en este tipo de programas.

A finales de 1960, la emisora CX 36 Radio Centenario empezó a emitir por las tardes un programa musical de media hora de duración, gracias al cual conocí la existencia de grupos como los Beach Boys, con su pegadizo ritmo surfero, y solistas como Little

Richard o Neil Sedaka, entre otros. Todos eran norteamericanos. Aún no se conocían los grupos ingleses!

Debo hacer una mención especial a CX 28 "Radio Imparcial". Esta emisora, que pretendía ser políticamente imparcial -cuando el noventa por ciento de las emisoras apoyaban abierta o veladamente a uno u otro partido político- lo resolvía emitiendo solamente música. Nada de informativos, entrevistas ni charlas, sólo publicidad, el nombre de la canción y del autor de lo que se iba a emitir.

Podía haber sido una gran emisora musical. Pero tenía un defecto: pasaba los discos de una manera totalmente desordenada -ahora un tango, después un rock, seguían con un fandanguillo español y continuaban con una mazurca. No había ninguna relación entre las canciones. (Yo sostenía firmemente que el disc-jockey tenía un gran saco lleno de discos, los revolvía como bolas de la lotería, sacaba cualquier disco y lo ponía en el plato del tocadiscos.)

Años más tarde, trabajando en AGADU (la Sociedad de Autores del Uruguay) me encargaron llevar una carta a la sede de esta emisora. Entré en el edificio con mucha curiosidad, esperando ver el saco de los discos... Allí estaba sentado un señor frente a dos platos, los controles y el micrófono. Me hizo señas indicándome que esperara un momento. Por lo visto este señor hacía las veces de locutor, operador, disc-jockey, jefe de programación, empleado de oficina, y más.

A continuación el señor firmó un papel y lo selló certificando la entrega de la carta. Cuál no sería mi sorpresa al leer el nombre con el que acababa de firmar: el mismo nombre que venía como destinatario en el sobre, dirigido al dueño de la emisora.

Ah... los discos los tenía en una mesita con ruedas que estaba a su derecha, formando una gran montaña de la que los iba sacando uno a uno. No había mucha diferencia con el saco! Sin embargo, entre tanta música desordenada, algunas tardes emitían un programa monográfico en el cual ponían sólo música de Los Teen Tops. Toda una gozada para esa época!

Otra radio que quiero mencionar, y no por su música que no era muy interesante, es CX 48 Radio Femenina. Era una emisora dirigida únicamente hacia un público femenino, en la que sólo trabajaban mujeres, y dirigida por mujeres, la primera en el hemisferio occidental. Supongo que sus propietarias también eran mujeres. Hoy día en Europa las conquistas sociales femeninas están más avanzadas y supongo que existirán otras emisoras con estas características (aunque por mi parte en España no conozco ninguna). Pero esta emisora yo la conocía desde los años 50, y efectivamente existió desde los años 30 hasta la dictadura en 1973. En esa época sería casi impensable que en Europa existiera una emisora absolutamente femenina.

Aunque con este comentario me he salido del tema central de esta historia, no he podido con la tentación de mencionar este dato, ya que muchas veces nosotros mismos menospreciamos nuestro pequeño terruño, y sin embargo este ejemplo (como muchos otros que he podido constatar) pone de manifiesto que socialmente estábamos años adelantados con respecto a muchos países del llamado "primer mundo". He dicho adelantados socialmente, pues lo referente a la economía es harina de otro costal.

(Quien esté leyendo estos recuerdos deberá disculparme, pero lo anterior me salió del alma.)

A finales de 1959 asistí a una fiesta de fin de curso organizada por los alumnos de sexto grado de la escuela primaria "República Argentina". Se celebró en una cancha cerrada de baloncesto, la del Sporting Club en el Parque Rodó de Montevideo.

Allí entre otras orquestas (seguramente habría alguna de tangos, para deleite de los padres) actuó un grupo que sólo con subir sus instrumentos al escenario ya llamaba la atención del público. Aquellas grandes y misteriosas cajas (sus amplificadores), planteaban a la mayoría de los presentes una interrogante sobre el tipo de espectáculo que vendría a continuación. La mayoría se aventuraba a decir que sería la actuación de un mago!

Cuando todos esperábamos que subiera al estrado un señor vestido con capa y sombrero de copa, vemos que se colocaban en el escenario seis jovencitos con trajes relucientes, y colgando de sus hombros, brillantes guitarras de formas caprichosas. Comenzaron a afinar sus instrumentos y la mayoría de los jóvenes teníamos la vista puesta en el escenario. Ya sabíamos que se trataba de un grupo de rock, pero pocos daban crédito a lo que estaban viendo pues en la programación lo habían anunciado como orquesta de jazz u "orquesta moderna". Es probable que las palabras "grupo de rock" no les sonaran bien a las personas mayores que habrían hecho el programa.

La banda se llamaba "Los Blue Kings" y no era precisamente de Montevideo sino de Paysandú, capital del departamento (provincia) del mismo nombre en el interior de Uruguay. Habían llegado un par de semanas antes para hacer una actuación en CX 8 Radio Sarandí, en el programa de los domingos de "Discodromo Sarandí", pero eran muy pocos los que les conocían.

Comenzaron a tocar una pieza instrumental y buena parte de la juventud se acercó al escenario rodeándolo por todos lados. Algo inusual hasta el momento en aquellos años. El repertorio de esa noche, que yo recuerde, eran canciones instrumentales y vocales, de un rock muy al estilo de los *Teen Tops*. Tanto la instrumentación como la voz se parecía bastante a la de ese grupo mejicano. Realmente lo hacían muy bien!

Éste fue el primer grupo de rock que pude presenciar en mi vida, a los 12 años de edad. Y creo que para la mayor parte de los que allí estábamos también fue la primera vez. Pasados varios días de esta fiesta se continuaba comentado la actuación de la banda. Los jóvenes hablaban maravillas de ella. Los mayores: "Por Dios, que ruido metían!"

LOS HOT CLOWNS

El Liceo N° 4 "Juan Zorrilla de San Martín" de Montevideo, o simplemente Liceo Zorrilla, abría sus puertas para comenzar un nuevo curso. Era el mes de marzo y en el hemisferio sur comenzaba la estación otoñal.

Para mí, como para los demás compañeros de esa clase, era la primera vez que pisábamos ese centro de estudios. Todo era nuevo: aula, profesores y compañeros. Teníamos tan sólo trece años, y allí fue donde coincidimos Esteban y yo, Julio.

Sentados por estricto orden según el número que cada uno tenía en la lista, confeccionada alfabéticamente según la primera letra de nuestros apellidos, Esteban quedaba situado en la fila a mi izquierda, un banco más adelante, de tal manera que nos facilitaba fugaces comunicaciones cuando los profesores nos daban la espalda.

Los primeros días creo que tan sólo habremos cruzado unas pocas palabras, al igual que con los demás compañeros, pero en las horas de recreo (quince minutos entre clase y clase) nos dedicábamos a conversar en los pasillos. Claro está, después de haber pasado por el bar del instituto y devorado una "tortuga" (un pan de hamburguesa con una loncha de jamón y queso) que nos sabía a gloria en aquellas horas de la mañana, y haberla regado con una deliciosa y refrescante Coca Cola, o con una *Malta* marca Montevideana (cerveza negra embotellada antes de su fermentación, agregando

gas carbónico): un delicioso refresco que recuerdo con nostalgia, pues a pesar de haber conocido varios otros países, no la he vuelto a beber desde que salí del Uruguay.

En esos años tanto Esteban como yo éramos irremediabilmente tímidos, por lo que supongo que ésa fue una de las causas de nuestro acercamiento. Entre las aficiones que cada uno tenía, había una en común: la de coleccionar sellos de correo. Hice saber a Esteban que estaba interesado en unos catálogos de filatelia (los clásicos de Yvert y Tellier) que él tenía, los cuales no podía comprar por su elevado precio. Esteban quedó en venderme unos que su padre tenía en desuso y que le había regalado, pero tenía que consultarlo con él.

Hecha la consulta con su padre decidió vendérmelos por cinco pesos. Era poco dinero, pero como yo no tenía esa suma, quedamos en que se lo pagaría en dos veces. Vuelta a consultar con su padre, éste dio el visto bueno para que se hiciera la transacción, a condición que Julio fuera a retirar esos catálogos a casa de Esteban, pues sus padres querían conocerme. Esteban me dio entonces su dirección, que jamás olvidaré: Bulevar Artigas 210, diciéndome que desde mi casa llegaría con la línea de ómnibus (autobús) 199 o 174.

Su casa estaba en una esquina del amplio bulevar. Tenía un pequeño jardín y se elevaba en cuatro plantas sobre una cuña de terreno muy estrecha, con lo cual tampoco era muy grande pero bastante apreciable. Frente a su casa se extendía un extenso campo de golf. Era (y lo es aún) una bonita zona residencial.

Podía haber hecho una comparación con la casa donde yo vivía, un apartamento de alquiler de reducidas dimensiones, y haber tenido algún sentimiento de inferioridad. Pero en aquel Uruguay de entonces, con una democracia consolidada desde hacía decenios y un enorme sentido de igualdad, no senti ni frío ni calor. O quizás era producto de mis cortos trece años.

Por lo visto, tendría cara de buen chico y cumplidor de las promesas, pues después de haber pasado la tarde en casa de Esteban, le entregué tres de los cinco pesos que habíamos acordado, y con la promesa de pagarle unas semanas más adelante los dos pesos que faltaban, sali rumbo a mi casa con los ansiados catálogos. No sin antes haber invitado a Esteban a que visitara mi casa.

Pero... el tal Julito resultó ser muy mal pagador (y aún lo sigo siendo). Pasaban las semanas y los dos pesos adeudados no se hacían efectivos. Tantas semanas pasaron, que en el momento de escribir estas vivencias dudo mucho de haber pagado aquello alguna vez. No obstante, entre algunas visitas que me hacía Esteban y otras tantas veces que yo iba a su casa, terminó por cimentarse una buena y larga amistad.

Al año siguiente pasamos al segundo curso. Esteban quedó en el horario de la mañana, y a mí por alguna razón me dieron el turno de la tarde. Aunque íbamos al mismo instituto quedamos separados por el horario, pero a pesar de ello la amistad continuó.

Por esas fechas se comentaba de que algunos compañeros de ese mismo centro de estudios habían formado una banda musical o algo parecido, y se hacían llamar "Los Hot Clowns". Ya habían tocado en la fiesta de cumpleaños de algunas compañeras, aunque por lo visto sus componentes variaban constantemente y cualquier instrumento era aceptado por el conjunto.

A finales de 1962 o en los primeros meses del 63, Esteban vino a mi casa para anunciarme que había hablado con los chicos de la banda y que había estado en alguno de sus ensayos. Esa misma tarde iban a ensayar y me preguntó si quería acudir. Montamos los dos en la inseparable bicicleta azul de Esteban, aprovechando que el camino era cuesta abajo, y llegamos al lugar de ensayo que no era sino la casa de otro compañero del Liceo, Elías Taranto.

En una de las habitaciones de la casa, donde se encontraba el piano, había también una batería, un acordeón encima de un sillón, una caja con algunos instrumentos de percusión (maracas, triángulo, pandereta, etc.) y el instrumento más significativo de la banda: un cubo de madera de unos 50 centímetros de lado, en una de cuyas caras se le había practicado un agujero de donde salía una cuerda atada por el otro extremo a un palo de escoba. Al tensar la cuerda (una sogá vulgar) con el palo y hacerla vibrar con la mano, el cajón emitía un sonido grave parecido al de un contrabajo. Hay que decir que al estirar la cuerda había que poner un pie sobre el cajón para éste no se levantara del suelo. Todo un arte de equilibrista.

Allí se encontraban los integrantes del grupo: Raúl, alto, flaco y desgarrado, con unas gruesas gafas de aumento de cristal oscuro, que era el cantante solista; Elías Taranto, cuyo instrumento era el acordeón pero también tocaba, aunque no muy bien, el piano y últimamente se había encariñado con el cajón-contrabajo y no dejaba de tocarlo. Estaba el *Gordo* Rodolfo Lloveras, que tocaba una guitarra con caja como de jazz. Y el *Gallego* Alberto a la batería, aunque después pocas veces acudió a los ensayos pues era un chico bastante mayor que el resto del grupo, casado y con compromisos laborales.

Ese día estaba también allí otro guitarrista de nuestra misma edad llamado Spilka, pero venía a anunciar que se retiraba del grupo, y que enviaría a otro chico que tocaba la guitarra eléctrica.

El ensayo transcurrió en el más absoluto desorden; tocaban un trozo de alguna canción y enseguida pasaban a otra. Elías tocaba a veces el piano, otras el cajón-contrabajo, o el acordeón, por lo que en esos momentos Esteban se sentaba al piano, casi como si no hubiese sido invitado.

Una semana más tarde volvimos a otro ensayo. Allí se encontraban los mismos integrantes y el nuevo guitarrista enviado por el anterior. Era Jorge Fernández, a quien reconocí inmediatamente pues había sido compañero de clase el curso pasado, aunque apenas llegué a conversar con él durante el año (al igual que con el resto de mis compañeros, con los que tampoco había charlado mucho) por la simple razón de que durante ese curso batí el record de "rabonas" (inasistencias a clase).

Por aquellos años era prácticamente imposible comprar un instrumento eléctrico. Si bien ocasionalmente se habían importado algunos, en pocos días ya estaban vendidos, con lo que normalmente era imposible hacerse con uno. Por no hablar de su precio, que podía triplicar el sueldo de un trabajador normal.

Sin embargo, Jorge tenía su guitarra eléctrica y un pequeño amplificador. Su padre era un verdadero "manitas" y le había fabricado artesanalmente ese instrumento, con todos sus detalles. Y sonaba muy bien, al menos eso nos parecía.

Por otra parte Jorge tocaba la guitarra con mucha desenvoltura, ya en esa época. Se veía claramente que iba a ser un buen instrumentista.

Aquel segundo ensayo al que yo asistí transcurrió con más disciplina. Se tocaron algunas instrumentales que Jorge se sabía tal como "El vuelo del moscardón", y se agregaron al repertorio "Perfidia" y alguna versión de Trini López como "La Bamba".

La inclusión de Jorge en el grupo fue beneficiosa y lo puso más al día. De todas maneras se seguían tocando músicas tropicales, brasileñas y boleros, como antes.

Esteban en un principio sólo sabía tocar piezas clásicas. En su casa (sus padres eran emigrantes alemanes) sólo se escuchaba esa música. Probablemente ésa sería la razón por lo que Elías no ponía buena cara cuando Esteban se sentaba el piano. Ante esta dificultad, al poco tiempo Esteban convenció a sus padres para que accedieran a ponerle un profesor de jazz. Eso del jazz se lo decía a sus padres; lo que él quería realmente era que alguien le enseñase a tocar rock. Y por supuesto que lo consiguió!

En uno de los ensayos, que se hacían muy esporádicamente, Elías nos presenta su nueva adquisición: ¡Se había comprado un contrabajo clásico!. Era un instrumento muy bonito, de fabricación checoslovaca, enorme. Pero tenía un pequeño defecto: no sonaba. No se oía ni a medio metro de distancia.

De cualquier manera este defecto no era muy importante sino más bien beneficioso, porque Elías no tenía ni la menor idea de cómo tocarlo. En todo caso, era una compra un poco trasnochada, ya que en ese momento los jóvenes lo que buscaban era la novedad: un bajo o una guitarra eléctrica.

Esta nueva adquisición hizo que Elías se olvidara del piano, con lo cual ¡por fin! Esteban quedó definitivamente como pianista. El grupo por lo tanto quedó formado por Elías Taranto al contrabajo, Raúl (cantante), Alberto (quien solo fue una vez a ensayar) a la batería; Esteban (piano), Jorge Fernández (guitarra), y yo... ¿qué pito tocaba?

Pues pitos no se tocaban, porque casi habíamos dejado de hacer música brasileña, pero en los boleros y algunas canciones tropicales me ponía a tocar las claves, maracas, pandereta y esa clase de instrumentos. Por tanto implícitamente me quedé aporreando instrumentos "sinfónicos", sin que nadie me lo pidiera.

Así los últimos en unirse a este grupo, Esteban, Jorge y Julio, fuimos los tres que integrarían las filas de los futuros MOCKERS.

Hasta el momento, aunque con periodicidad irregular, solamente se ensayaba. No hubo actuación alguna. Aunque el conjunto no sonaba muy bien, se iba adelantando en lo que a repertorio se refiere. Jorge y Esteban ya habían depurado el repertorio junto a Raúl, el cantante, que era ferviente admirador de Enrique Guzmán, el vocalista de los Teen Tops. Se incluyeron entonces varias canciones de esta banda mejicana como "La Plaga", "Popotitos" y otras que, al margen de las anteriormente mencionadas (Perfidia, La Bamba, El vuelo del moscardón), le dieron al grupo un toque algo más rockero.

Y... se cambió el nombre al grupo. Hasta el momento se habían llamaban "LOS HOT CLOWNS", y a partir de ahí pasó a llamarse LOS TEDDY BOYS. Se mandaron confeccionar unos chalecos tejidos de lana, de color marrón con bordes color beige, y con una T y una B bordada también en color beige en la parte izquierda del pecho, muy al estilo universitario norteamericano de los años cincuenta.

Estos cambios los llevó a cabo Elías Taranto sin consultar previamente con el resto del grupo. Por lo visto se consideraba el "dueño" del conjunto.

En algún momento del año 1963 que no logro precisar, se realizó la única y última actuación con esta formación. Fue en una sala del barrio del Prado de Montevideo. Con esa nueva indumentaria y el nuevo repertorio nos presentamos en aquel lugar, pero lamentablemente esta parte de la historia me resulta nebulosa y no recuerdo los detalles. Ni recuerdo como sonó el conjunto. Aunque visto lo visto y escuchado lo escuchado hasta ese momento, más vale no recordarlo.

Lo que sí recuerdo bien de esta actuación es que yo ya no tenía cabida en el grupo, pues con un repertorio en el que no se tocaban canciones brasileñas o tropicales, ¿que podía hacer yo con las maracas y la pandereta? Poco y nada. Por lo tanto -y creo que esto fue idea de Esteban- me nombraron locutor o animador del grupo.

Las actuaciones se dividían en varios pases de una hora o algo menos. Mi trabajo consistía en que, cuando el conjunto terminaba cada pase, yo tenía que anunciar el descanso de esta manera: "Señoras y señores, dentro de treinta minutos los Teddy Boys estarán otra vez con ustedes" ¡Vaya trabajito!

No se si sería por la fatiga de anunciar "tanto" texto, pero me equivocaba y en lugar de decir "treinta minutos" decía "treinta SEGUNDOS". Pero no una sola vez, sino TODAS las veces. ¡Qué burro! A los pobres chicos, cuando iban a orinar en el descanso, no les daba tiempo ni siquiera a sacudírsela!

Mientras probaba suerte con los instrumentos de percusión o me convertía en locutor televisivo de primera línea, no me quedaba con los brazos cruzados. En las largas caminatas que hacíamos los sábados o domingos con Esteban, éste aprovechaba para enseñarme algo de solfeo. Esteban me repetía constantemente que me dedicara a aprender a tocar el bajo eléctrico, y así lo hice.

Como quería aprender solfeo antes de empezar con el instrumento, se me ocurrió la idea de pedírselo a un vecino del segundo piso del edificio donde yo vivía. El profesor en cuestión era un concertista de piano muy conocido en el país. Constantemente recibía visitas en su piso de toda clase de personas, muchas de ellas de cierta importancia en el tejido social de Uruguay. Era una persona muy educada y de trato exquisito. Muy fino, demasiado fino diría yo. Se le notaba que era de la acera de enfrente por su andar algo bamboleante y de paso cortito, y por su pelo ondulado, casi de "permanente" femenina. Tampoco pretendía disimular nada, a pesar de que en aquellos años a los homosexuales no se les consideraba como ahora... eran muy tapaditos. De cualquier manera a este señor se le respetaba mucho debido a la educación con que trataba a los vecinos, considerándosele una persona honorable.

Las clases de música continuaban con normalidad, tres veces por semana, y yo ya había empezado a meter mis "garfios" en el teclado del piano, cuando un buen día entra uno de sus amigos asiduos (eso creíamos los vecinos) y veo que el profesor se pone nervioso. Me pidió disculpas por retirarse un momento, y a los pocos minutos oigo voces como de una discusión entre los dos. No pude evitar oír reproches como "Yo te hago la comida, te lavo la ropa, me desvivo por ti y... (otras obligaciones maritales) y tú me pones los cuernos!", entre sollozos entrecortados.

Aún sollozando, el profesor me pidió por favor que volviera al día siguiente. Como es de esperar, yo salí casi de puntillas de su apartamento.

Esto se lo conté a mi madre. Y ésta a mi padre. El viejo que era tanguero de nacimiento y autor de letras de tango con pasajes como "soy el macho de mi barrio" o "tengo la mina apalancada en el bulín" (machismo puro y duro), me obligó a abandonar las clases de música. Supongo que mi padre pensaba que la homosexualidad era contagiosa.

Así fue como me vi forzado a dejar las clases de música, por lo que el mundo pudo haberse perdido a un gran pianista. O un mariconazo... vaya usted a saber.

LOS TEDDY BOYS

El año 1963 iba acabando. Hubo algunos ensayos a los que no asistí. ¿Y para qué? En mi papel de locutor no iba a ensayar aquellas cuatro palabras. Y aunque lo hubiese hecho, seguro que volvería a equivocarme.

Una tarde llegó Esteban a mi casa para decirme que debido a las bajas calificaciones que había obtenido Elías, su madre había prohibido que se ensayara en su casa. Y puso todos los instrumentos en la calle (menos el piano, por supuesto).

Esteban quedó con Elías en que los llevaría a su casa, para así continuar con los ensayos. Llamó a un *taxi-flet* (típico alquiler de furgonetas con chofer, para transportar pequeñas mercancías en Montevideo, que se pagaba por horas) y cargó con todos los instrumentos, contrabajo insonoro inclusive. Fue desde ese mismo momento, y por este hecho, que comenzaron a gestarse las bases de lo que en el futuro serían Los Mockers.

En casa de Esteban el piano estaba situado en el comedor, y por consiguiente éste era el único lugar posible donde ensayar.

Supongo que no le habrá sido fácil a Esteban convencer a su padre para desmontar el resto del comedor y colocar en su lugar la batería, pues el señor Otto (así se llamaba su padre) era una persona de costumbres bastantes rígidas. Sin embargo su madre, una mujer con una gran afición artística, se tomaba lo nuestro con mucha simpatía, a pesar de las molestias que causábamos.

Un sábado por la tarde quedamos para ensayar y amén de Esteban que estaba en su casa, se presentó Jorge, como siempre infalible, y yo que siempre estaba por ahí. Sabíamos que faltaría Alberto, el batería, como siempre lo había hecho. Pero se esperaba a Raúl que había sido avisado. Y a Elías...

Elías y Esteban no eran compatibles. La insistencia en que yo aprendiera a tocar el bajo eléctrico no sólo era por amistad, sino también un poco (bastante diría yo) por desplazar a Elías.

Por su parte, Jorge desde hacía un mes le había quitado las dos primeras cuerdas a su guitarra clásica, y todas las tardes en su casa se dedicaba a enseñarme a tocar el bajo, con tanto entusiasmo que era contagioso. Y a las pocas semanas Jorge con su guitarra eléctrica y yo con la guitarra de cuatro cuerdas, teníamos ensayadas varias canciones completas.

Sólo faltaba el bajo. ¿Sólo? No teníamos más remedio que fabricarlo nosotros mismos, pero el padre de Jorge que le había hecho la guitarra a su hijo no quería meterse otra vez en tales labores. La verdad, era un trabajo bastante complicado. Al final acabamos mandándolo hacer, después de pasar por varias carpinterías. Pero ésa es otra historia...

Pues bien, aquel primer día de ensayo en casa de Esteban, en la que sólo nos encontrábamos él, Jorge y yo, no perdimos el tiempo y nos dispusimos a ensayar. Esteban afinó el contrabajo de Elías, y yo me propuse sacarle alguna nota a aquel instrumento. De tanto en tanto adivinaba alguna, pero el "bum, bum" de fondo, aunque desafinado, siempre resultaba muy decorativo.

Por lo visto Esteban quedó conforme con mi "maestría" pues se levantó del piano y me dijo: "mira Flaco, ya que vas a ser el bajista del grupo, a la actuación del próximo sábado vas tú. Para lo que sabía tocar Elías daba lo mismo... Más aún, si ese contrabajo no sonaba ¿para qué coño necesitaba aprender a tocarlo?"

Y así comenzó mi vertiginosa carrera. De primer "maraquista sinfónico" (fallido), pasé a gran presentador (con acné incluido). Y de ahí a contrabajista (más que fallido esto fue

de lo más divertido). Y terminé como futuro bajista (a la espera de que mis "Luthiers" terminaran de hacer las puertas y los roperos que tenían encargados en la carpintería para dar un fino acabado a mi instrumento).

En realidad en ese momento se concretó "La Venganza de Don Mendo": Unos meses antes -todavía no se había comprado el contrabajo- Elías le había dicho a Esteban: "no vengas más a los ensayos". Sin más explicaciones, aunque quizás sería por las dificultades de Esteban para tocar el piano sin una partitura delante, o bien directamente porque Elías quería tocar el piano en lugar de Esteban. Pero al parecer en ese momento Esteban debía sufrir algún impedimento auditivo: no le hizo ni puto caso. Eso sí, la espinita se le quedó clavada en el corazón, y el día de la "proclamación oficial" de mi ingreso en el grupo como bajista, Don Mendo y su historia parecían haberse quedado cortos en lo que a venganza se refiere... Bueno, tampoco fue para tanto.

Llegó el sábado, el día de la anunciada actuación. Temprano por la tarde cargamos los instrumentos en uno de los mencionados *taxi-flet* (esto siempre era una sorpresa, pues tanto podían mandarte un furgón Ford de 1935 como una Chevrolet último modelo), y los llevamos al local donde iba a tener lugar el baile esa noche.

Era uno de los tantos centros regionales españoles que existen en Montevideo (casa de Galicia, centro Orensano, casa de Extremadura, etc.). Estaba ubicado en la arteria principal de la ciudad, la Avenida 18 de Julio.

Colocamos la batería de Alberto en el escenario, donde también había un piano. Pusimos el pequeño amplificador de Jorge al lado y arrimamos el enorme contrabajo contra una pared (como se ve, la riqueza instrumental era impresionante), y esperamos a que se hiciera de noche para comenzar la actuación.

A las diez de la noche nos encontramos en la puerta del local, Esteban, Jorge y yo... ¿y los demás integrantes?

Elías, deliberadamente, no había sido avisado. Julio lo sustituiría como "genio del contrabajo" (el de Elías).

Raúl, el cantante, y Alberto el baterista, en cambio, sí habían sido avisados, pero no aparecían. Pasaban los minutos y seguían ausentes.

Comenzamos a pensar cómo resolver el problema y rápidamente dimos con una solución: se tocaría el máximo de canciones instrumentales y Jorge cantarías unas pocas canciones que tenía preparadas.

Y el baterista? Sin él era imposible actuar, claro...

Jorge recordó que conocía a un chico que tocaba la batería y que vivía muy cerca de allí. Sin pensarlo dos veces, salimos inmediatamente en su busca. Para nuestra suerte estaba en su casa: nos abrió la puerta en pijama. Lo pusimos al corriente de nuestra situación, puso cara de extrañeza y nos dijo que dudaba mucho de que su padre le permitiera salir. No estaba muy convencido...

Insistimos. Pidió permiso a su padre. Pura formalidad, porque a pesar de los gritos del padre (que se oían desde la calle) negándole el permiso, se vistió, agarró su caja y su platillo de lata, y cerrando la puerta, lanzó un expresivo ¡vete a la mierda! (en voz baja, para ser oído por nosotros pero no por su padre) y emprendió camino junto a nosotros. Así el problema estaba solucionado. ¡Qué facilidad se tiene a esa edad para resolver los problemas!

Ya estaba el grupo completo! Jorge a la guitarra y cantando, Esteban al piano, Julio al contrabajo y Beto en la batería. Bueno, exactamente en la batería no puede decirse...

Era la primera vez que Beto había visto una batería tan de cerca, por lo que al verla y mostrando indiferencia, en lugar de decir que no sabía usarla, con mucha seriedad dijo: "Yo sólo toco con mis propios instrumentos". Y tuvimos que aguantar el sonido de su caja destemplada y el chirrido latoso de su platillo.

Demás está decir cómo sonó el grupo. Con un contrabajista que no tenía ni repajolera idea de su instrumento, un baterista que no sabía tocar la batería, un cantante improvisado, y el piano del Centro Español (que casi siempre estaba desafinado) ¡De pena! Los directivos de este club tuvieron la delicadeza de no mandarnos al carajo, y hasta nos pagaron lo acordado. Eso da fe de la buena gente que había en el Montevideo de entonces. O quizás lo hicieron así porque éramos casi unos niños.

Habla concurrido muy poco público a ese baile ¿o acaso lo habíamos echado con nuestra música? Lo cierto es que finalizó muy temprano, por lo que continuamos la madrugada conversando. Beto nos caía muy bien, había nacido en 1947 al igual que los demás (excepto Jorge que era de 1948), por lo que todos teníamos 16 años (menos Jorge que tenía 15). Estaba estudiando y le gustaba la misma música que a todos nosotros, incluidos los Beatles que empezaban a escucharse en aquellos meses con su "Twist and Shout". Eran muchas las coincidencias!

Entre los tres, Esteban, Jorge y yo, consideramos la situación de Alberto (el batería hasta ese momento): tenía veintiséis años, estaba casado y trabajando, por lo que no disponía del mismo tiempo que nosotros. No estaba en la misma onda. Aunque un poco apenados, pues Alberto era muy buena persona, tomamos rápidamente la decisión de incorporar a Beto al grupo. Lo invitamos al próximo ensayo y él aceptó.

Tomábamos las decisiones de manera visceral. ¿A quién se le ocurre cambiar un buen baterista con una estupenda batería completa, por un chico que no tenía ni idea de tal instrumento? Sólo a tres locos!

Sin embargo, el tiempo nos dio la razón porque Esteban, Julio, Jorge y Beto (Polo integró el grupo varios meses más tarde) fueron los que conformaron Los Mockers durante años.

Viéndolo desde la perspectiva que da el tiempo, me inclino a pensar que la razón por la que nos mantuvimos unidos fue la amistad y el compañerismo. En una edad en la cual la mínima desavenencia o discusión bastaba para dejarlo sin más y tocar con otro grupo (el noventa por ciento de los chicos hacían esto), nosotros estábamos lejos de esa manera de funcionar. No sólo nos reuníamos a la hora de tocar o ensayar, sino que durante la semana cualquier pretexto era bueno para visitarnos uno en casa del otro. Los fines de semana cuando no actuábamos (que eran la mayoría por entonces) salíamos juntos para ir a alguna fiesta. O simplemente para dar un paseo. Es decir, habíamos consolidado una buena amistad entre todos nosotros.

Los TEDDY BOYS II (Jorge, Esteban, Julio y Beto)

Aunque la formación del grupo había cambiado, aún no se había formalizado la salida o abandono de los integrantes anteriores. Más aún, la batería y el contrabajo con los que estábamos ensayando les pertenecían. Todo estaba en el aire, pero poco a poco se fue resolviendo. En cuanto a Raúl, el cantante, nos era indiferente que continuara o no en nuestras filas. No teníamos ningún estilo de música definido, por tanto todavía tenía cabida con sus canciones y rocks en español.

Pero los Beatles iban cobrando fuerza en Uruguay, así como otros grupos ingleses de estilo similar, y a pesar de que nuestro repertorio era en español, nos rondaba por nuestras cabecitas la idea de inclinarnos hacia aquel tipo de música.

El idioma inglés no era precisamente el fuerte de Raúl, lo cual sumado a lo peregrino de nuestras ideas, terminó por hacerle perder el entusiasmo y poco a poco se fue disolviendo como el azucarillo. No volvimos a saber más de él.

En cuanto a Elías, desconozco cómo fue que abandonó el grupo. Solo sé que una tarde vino a retirar el contrabajo.

Lo de Alberto fue diferente. Apareció por el ensayo y hubo que darle explicaciones... Algo entrecortados le expusimos que pensábamos ensayar mucho y que él no podía hacerlo, lo de la diferencia de edades, bla, bla, bla. De inmediato nos dijo que nos comprendía perfectamente y que pensaba dejar de tocar por un tiempo. El sábado por la noche era su único día libre y como es normal, lo quería pasar con su mujer.

Nos habían dejado sin el contrabajo. Y ya nos estábamos haciendo a la idea de quedamos sin la batería... Todo se nos venía abajo.

Con bastante desparpajo, le pedimos que nos prestara la batería durante un par de semanas, para darnos tiempo a comprar otra (algo imposible por el precio que tenían entonces). No quería vender los platillos (tres platos marca Zildjian, de fabricación turca, que tenían un sonido fantástico, posiblemente de los que se hacían a mano), pero por último nos vendió la batería completa a un precio muy bajo... y a pagar como pudiésemos. Más no se podía pedir!

Mucho más adelante llegué a conocer mejor al *gallego* Alberto (había emigrado de España a Uruguay unos años atrás junto a sus padres), porque tuvo una buena amistad con mi hermano. Al preguntarte sobre el asunto de la batería me contó que nos veía con tanto entusiasmo por el grupo que le daba pena dejarnos sin el instrumento. Sabía que no podíamos comprarnos una batería, por lo tanto calculó el precio de los platos (que era lo que más le dolía vender) y el resto nos lo regaló. Y sinceramente le creí, porque era considerado por todos sus amigos como "un gallego con el corazón de oro".

Antes de que Elías se llevara el contrabajo, tengo que mencionar la actuación que hicimos por primera vez juntos Esteban, Jorge, Julio y Beto.

Fue a principios de 1964 en los salones del Centro Español de Montevideo. Beto ya tocaba la batería e inclusive tomaba clases con un profesor italiano de apellido Mancuso.

La actuación fue memorable... y no por la calidad de nuestro sonido, sino por el espectáculo que dimos. Jorge tocaba algunas de las canciones instrumentales con la guitarra a la espalda, y en otras, hacía resbalar un mechero "Zippo" sobre las cuerdas consiguiendo con ello un sonido parecido a una guitarra hawaiana, que llamaba mucho la atención. Esteban ponía un pie sobre el teclado del piano cuando tocábamos algún rock. El resto era de mi cuenta: ponía el contrabajo de costado en el piso del escenario, me montaba sobre él al mejor estilo de John Wayne en su caballo, lo hacía girar, lo echaba hacia atrás... hacía todas las piruetas imaginables, cosa que un contrabajista no podría hacer pues le sería imposible sacar algún sonido.

Pero qué más daba... yo no sabía tocarlo y el contrabajo no sonaba!

Tanta sacudida le daba al pobre instrumento, que el puente (un buen trozo de madera de unos quince centímetros sobre el que se apoyaban las cuerdas) se salía de su sitio. Pero no sólo se salía, sino que bajo la presión de las cuerdas de acero... ping! salía disparado a más de un metro de distancia. Y yo, inconsciente de lo que estaba

ocurriendo, con cara de bobo, boca abierta y mirando al techo, seguía tocando con las cuerdas más fofas que unos spaghettis recocidos.

Caí en la cuenta cuando vi a un espectador que me señalaba con un dedo, y con la otra mano se agarraba la barriga retorciéndose de risa. Miro a mi alrededor buscando el jodido puente, y veo que estaba debajo del piano de cola que tocaba Esteban. Me meto debajo del piano, recupero el puente, y mientras el resto del grupo seguía tocando, tiro el contrabajo al suelo y sin destensar las cuerdas, con una pata sobre el instrumento y apretando los dientes por la fuerza que tenía que hacer, coloco el puente en su lugar, levanto el contrabajo y con cara de "aquí no pasa nada", sigo tocando. ¿Tocando? Bueno, es un decir. Ni Gaby, Fofó y Miliki lo habrían superado!

En fin, ya que no sabía tocar el contrabajo, de alguna forma me tenía que ganar el sueldo...

Retomando la historia de mi instrumento: uno de los objetivos más urgentes en aquel momento era... fabricarnos un bajo eléctrico. Desde hacía un par de meses había consultado con un carpintero el tipo de madera que necesitaba para hacer un mástil de guitarra o contrabajo, y me recomendó el abeto. Me vendió el trozo de madera, pero no quería comprometerse a hacerlo. Así que llevamos el trozo de madera a otro carpintero que conocía Esteban y con muchas reservas se comprometió a hacerlo, pero después de darle forma al clavijero nos lo devolvió con la excusa de que no tenía tiempo para acabarlo.

Desde ese momento comenzó una peregrinación por varias carpinterías. Por lo general al explicar el trabajo que necesitábamos, los carpinteros sacaban su lápiz de detrás de la oreja, se rascaban la cabeza con él y frunciendo la boca me daban la negativa. Y yo iba y venía en autobús con ese mamotreto de madera a medio hacer en la mano, que cuando menos causaba curiosidad entre los demás pasajeros... y carcajadas en mi familia.

Pero yo no decaía en el intento. Desde hacía unos meses había comenzado a trabajar en AGADU (la Sociedad de Autores de Uruguay) y al comentarlo allí, me dieron las señas de una persona que fabricaba guitarras en el barrio de Maroñas.

La primera vez que fui, no encontré la carpintería. Yo seguía yendo y viniendo en autobús, al salir del trabajo, con aquel palo en la mano. Al segundo intento encontré la carpintería y por fin me terminaron el mástil. Sólo el mástil; la caja no quisieron hacerla. Compadecido ya por el esfuerzo que estábamos haciendo, y viendo que una parte ya estaba acabada, el padre de Jorge accedió a terminar el instrumento. Era la única solución.

Esteban que también hacía las veces de mánager, había conseguido una actuación en una casa particular en el exclusivo barrio Carrasco. La fiesta en cuestión era en honor de una chica que cumplía sus quince años. Y lo festejaban por todo lo alto, con grupo musical incluido.

Era una noche lluviosa. Llegamos con los instrumentos; Beto, Esteban y yo los colocamos en un rincón del salón de la casa que usaríamos a modo de escenario. Jorge no había llegado todavía; su padre estaba terminando mi bajo a marchas forzadas para poder tocar esa noche. Una vez acabado traería a Jorge, y por supuesto mi bajo, en su propio coche.

Vaya trabajito extra para aquel hombre! Me lo imagino: me hace el instrumento, muy a su pesar, y encima tiene que terminarlo contra reloj... se habrá acordado de mí toda la noche!

Pero al fin llegó Jorge, casi jadeando con el bajo, lo enchufamos al amplificador y empezamos a tocar de inmediato, pues ya era bastante tarde para comenzar.

Teníamos un solo amplificador, el de Jorge, con dos entradas donde se enchufaba la guitarra y un viejo micrófono atado a un pie más viejo y descascarado aún. Ahora se presentaba otro problema: ¿dónde enchufar el bajo? La primera solución que probamos: cuando eran canciones instrumentales quitábamos el micro y enchufábamos el bajo, y cuando eran canciones con voz quitábamos el bajo y poníamos el micro. Muy sencillo... pero al quitar el bajo, de una canción a otra se notaba un vacío tremendo. Por fuerza había que dejar conectado el bajo en todas las canciones. Y Jorge, que siempre andaba soldando cables, en un descanso conectó todo: guitarra, bajo y el micrófono.

Todo salía por el mismo altavoz. Al tocar las notas más graves del bajo, la voz desaparecía y el sonido de la guitarra quedaba totalmente distorsionado. El altavoz casi echaba humo, aquello era repelente!

Pero el problema no era sólo eso, no. Yo sólo me había aprendido unos diez temas, practicando con una guitarra, pero no sabía los tonos de las demás canciones. El resto del repertorio tenía que tocarlo mirando los tonos que hacía Jorge en la guitarra. Eso podía estar bien para un músico experimentado, pero para alguien que tocaba el bajo por primera vez, era imposible. Entre mirar el tono que hacía Jorge, pensar qué tono era, buscarlo en mi bajo y tocarlo, me atrasaba un compás. ¡Qué digo un compás! Iba tres canciones atrasado.

Otra "solución": acercarme a Esteban para que éste me fuera cantando los tonos de antemano. Al principio la idea funcionó bien. Pero después de una hora en que el flaco Esteban repetía sin parar "mi-fa-sol, re-si-mi", hartó ya, me dijo "Mira Julio, así no puedo concentrarme en el piano, vete a la mierda".

Después de semejante recomendación, me las arreglé como pude.

Las improvisaciones musicales en el grupo eran casi inexistentes. Pero para el resto de las cosas, éramos los reyes de la improvisación!

LOS TEDDY BOYS III (Jorge, Esteban, Julio y Beto)

Como decía antes, desde finales de 1963 yo había comenzado a trabajar en AGADU, la Sociedad de Autores de Uruguay.

El año anterior llegué a batir el récord de inasistencias al liceo: el primer trimestre con algunas faltas, el segundo ya sólo asistí la mitad de las veces (iba progresando) y el tercer trimestre entero, ni siquiera llegué hasta la puerta del instituto. Sin embargo, no fue ésa la razón por la que mis padres me pusieron a trabajar.

Tenía sólo 14 años y dormía despreocupado hasta las once de la mañana. Un buen día, antes de las diez, un amigo de mi padre me despierta y me dice: ¿te parece bonito estar durmiendo hasta esta hora? Ven conmigo. Vamos a un lugar donde te espera tu padre y te daremos una sorpresa.

Me levanté todavía legañoso y miré el reloj, contrariado por tener que levantarme "tan temprano". Llegamos a las oficinas de la Sociedad de Autores. Eso no me pareció extraño, pues aquel amigo de mi padre era en ese momento el Vicepresidente de esa institución, y mi padre era autor de las letras de algunos tangos y a menudo solía acudir a aquellas oficinas.

Pero allí no estaba mi padre, ni hermanos, ni tíos. Me presentaron a un chico algo mayor que yo, diciéndome simplemente que sería mi jefe. Eso sí que fue una sorpresa!

Ni se me hubiese pasado por la cabeza que a partir de ese momento ingresaría en las filas de los trabajadores. Vamos... que no me imaginaba siquiera que existiese eso del trabajo.

Así me convertí en el primer laburante -currito- del grupo. Ahora estudiaba por la noche, así que tenía tiempo para dedicarme al grupo ya que ensayábamos los fines de semana y festivos, y sólo algún que otro día laborable. Y ese día lo solucionaba faltando a clase. Experiencia, para eso, me sobraba.

Lo más positivo del grupo en los primera mitad de 1964 fue el aspecto económico. Las actuaciones se sucedían en los lugares más variopintos. Por las tardes Esteban se dedicaba a recorrer clubes y salas de fiestas ofreciendo al grupo. Con el dinero recaudado comenzamos a hacer algunas adquisiciones.

La miseria instrumental era total. Una batería prestada, una guitarra casera, un bajo casero y un pequeño amplificador que a duras penas servía para una guitarra... Lo primero, teníamos que conseguir urgentemente un equipo para el bajo.

En aquella época no habían amplificadores de marca (Fender, Marshall, etc.) a la venta en Uruguay. Tendríamos que acudir a algún técnico para que nos hiciera uno artesanal, pero con el capital de que disponíamos lo teníamos bastante difícil.

A la vez que Esteban recorría los clubes en busca de trabajo, también se dedicaba a hurgar en todos los comercios de artículos de segunda mano (o tercera, o cuarta).

En una de las tiendas dedicadas a vender discos antiguos descubrió un amplificador. Era un viejo aparato con carcasa de metal, de color gris. Tenía dos entradas... y un plato giradiscos incorporado en la parte superior! Probablemente se habría usado para poner música durante las proyecciones de algún cine en la época del cine mudo, pues el tocadiscos de encima sólo tenía la velocidad de 78 rpm, y para entonces ese tipo de discos (de pizarra) ya estaban claramente en desuso.

Pero funcionaba, lo compramos y lo usamos. Cuando estábamos tocando en algún baile, por momentos algún espectador se interesaba más en ver girar el tocadiscos que en mirar al grupo. Pero amplificador, teníamos!

Faltaba un altavoz para este amplificador. Y ésa fue una de las mejores compras de aquella época: un altavoz marca "Goodmans" de 18 pulgadas (casi medio metro de diámetro), grande como una palangana, que reproducía extraordinariamente bien los graves. Para variar, éste lo compramos nuevo, y cuando finalmente se estropeó, nunca volvimos a encontrar otro igual.

No teníamos caja acústica (baffle) para tamaño altavoz, por lo que durante una temporada lo estuvimos usando tal cual lo sacamos de su embalaje, sin más, boca arriba en el suelo del escenario. Aunque así, al tocar con la vibración se iba moviendo por el escenario...

Otra de las compras "importantísimas" a la que no puedo dejar de hacer referencia, fue el órgano (todavía no se les llamaba "teclados"). Era un auténtico Hammond, aunque muy, muy rudimentario.

Lo descubrió -cómo no- el flaco Esteban, y -cómo no- en una casa de muebles usados. Entre cientos de muebles polvorientos, vio algo que tenía teclas. No sabíamos a ciencia cierta qué era aquello. Quitándole el polvo que tenía acumulado desde hacía un tiempo inmemorial, descubrimos (una especie de) órgano. Y para mayor regocijo de Esteban, tenía cable y enchufe. ¡Era eléctrico! El súpum de la modernidad musical.

Consistía en un pequeño mueble de un metro de alto, estrecho, de sólo unos sesenta centímetros de ancho. Tenía unas pequeñas teclas que abarcaban tres octavas. Solamente sonaba una tecla a la vez, es decir, no se podían hacer acordes. Sólo melodías. Como supimos después, estaba pensado para acoplarlo a un piano, como para hacer algún "solo". De hecho ese modelo se llamaba "Solovox".

Presentaba un color indefinido, que hacía pensar que en alguna época estuvo barnizado. Tenía un pequeño altavoz detrás de unos huecos con arabescos calados en el mueble, por donde salía el sonido. Una joya.

Realmente se parecía mucho más a una estufa que a un instrumento musical. Y su sonido? Lo dicho: sonaba como una estufa.

Como buen aparato de segunda mano, estaba obligado a tener algún defecto. Y lo de menos era que se desafinaba, que ya es decir para un instrumento musical. Lo peor es que tenía volumen "autónomo". Y no por un adelanto de la técnica, sino porque tenía un fallo que hacía que su volumen se pusiera a tope en el momento menos esperado. Era especialmente "agradable" cuando estábamos tocando una canción lenta y a bajo volumen, y de repente se disparaba una nota con tal intensidad que tapaba el sonido del resto del grupo.

Sin temor a equivocarme, creo que ese aparato fue el prototipo del primer órgano fabricado por la casa Hammond... Eso sí, un Hammond auténtico.

Ya con guitarra eléctrica, bajo y sus correspondientes amplificadores, la batería completa y ahora el (a veces estruendoso) órgano de Esteban, el sonido había mejorado un poco, aunque los desajustes en el grupo seguían siendo los mismos. Íbamos agregando canciones al repertorio, pero eran de cualquier estilo, no lo teníamos definido todavía.

Continuábamos actuando esporádicamente en clubes y hasta repetíamos en algunos de ellos, como el Centro Español de Montevideo. ¿Serían sordos?

Pero nos faltaba un cantante, y si pudiera ser que tocara también la guitarra rítmica. Ensayamos con varios chicos, entre los que recuerdo los nombres de Tito Cambón y Varuyán Kalemkerián (a pesar del nombre puedo asegurar que era uruguayo). Pero no se concretó nada. Éramos bastante incoherentes, estábamos aprendiendo, y los aspirantes seguramente no veían futuro con nosotros. Finalmente se equivocaron.

A mediados de 1964 descubrimos que a pesar de la falta de estudios de grabación en Montevideo, existía una emisora de radio, CX 10 Radio Ariel, en cuyos estudios había posibilidad de hacer una grabación. Eso sí, pagando por horas. Nos pusimos a ensayar cuatro canciones propias que llegado el momento grabamos, ya cuando habíamos adoptado el nombre de "Encadenados".

Ese año empezaron a suceder cosas importantes en el ámbito de la música de Montevideo. Semana a semana, las emisoras de radio emitían cada vez más frecuentemente canciones de los grupos ingleses. Los Beatles, como en el resto del mundo, ya se habían impuesto y en el momento de su segundo LP -en Uruguay llamado "Con Los Beatles"- comenzaron a formarse una cantidad de grupos de rock.

A los grupos uruguayos ya existentes, Los Blue Kings (que poco después pasarían a llamarse Los Iracundos) y Los Delfines, se les sumó uno que a los pocos meses de su formación ya daba que hablar: Los Shakers. Estaba integrado por cuatro chicos algo mayores que nosotros, que eran excelentes músicos de jazz. Formaron este grupo de rock y con la experiencia que tenían, en un par de meses lograron un sonido envidiable.

Estos tres conjuntos, Los Blue Kings, Los Delfines y Los Shakers, fueron los grupos en los que se empezaban a fijar los jóvenes de Montevideo (y también de Buenos Aires) para formar nuevos grupos. Ese mismo año empezaron a darse a conocer otras bandas, como Los Epsilons (posteriormente Kano y Los Bull Dogs), Los Gatos Salvajes, el Sexteto Electrónico Moderno... y nosotros.

Puede que exageraran un poco, pero algunas publicaciones acerca del Rock latinoamericano aseguran que no se podría entender el Rock en Sudamérica sin la existencia de Los Teen Tops primero, y Los Shakers y Los Mockers después.

LOS TEDDY BOYS EN PUNTA DEL ESTE

Se acercaban los meses del verano 1964-65. El día 8 de diciembre, en Uruguay como país laico hasta en el nombre de las festividades, está declarado como Día de las Playas, y es cuando oficialmente comienza la temporada playera de verano. Aunque en esa fecha todavía es raro que se pueda ver a algún bañista; todavía se necesita algo de abrigo para salir a la calle.

Realmente los meses de calor veraniego son sólo dos, enero y febrero, echando abajo la idea que se tiene en Europa de que en Sudamérica todo son palmeras y sol eterno. En nuestras latitudes el régimen climático es casi igual que en el Mediterráneo.

Por lo tanto, se trata de aprovechar esos dos meses de verano al máximo. La gente se instala en las ciudades turísticas a lo largo de la costa (los balnearios), y eso produce una gran actividad en hoteles, bares, restaurantes, y fiestas de toda clase donde no faltan las actuaciones artísticas.

A finales de 1964 nos surge la oportunidad de ser contratados por dos semanas en uno de esos balnearios. No era uno cualquiera, sino en Punta del Este, donde por ser un lugar de élite, la mayor parte de los artistas que allí actuaban eran de primera línea, aunque siempre iban de relleno otros artistas menos conocidos.

Por mi parte continuaba trabajando en la Sociedad de Autores, AGADU. Un buen día una de las secretarías me dice que el Secretario General quería hablar conmigo en su despacho. El hecho de ser llamado por un directivo significaba que se había cometido algún error grave.

Un poco nervioso, me encamino hacia su despacho, repasando mentalmente todas las medidas de pata que podía haber hecho en los últimos días. No encuentro ninguna grave. La única falta era no trabajar nada en todo el día, pero tampoco era probable que me llamaran por ello. Eso era lo normal en aquella oficina; si acaso tendrían que poner en la calle a todo el resto de mis compañeros.

Llamo pues a la puerta, la entrebro asomando sólo la cabeza, como si quisiera evitar exponer todo mi cuerpo a la pedrada que se avecinaba. Pido permiso para pasar. Lo primero que me pregunta el directivo es: ¿Julito, todavía *tenés* ese grupo de música? (esa pregunta me empezó a tranquilizar). Al responderle afirmativamente, continuó diciendome: “Tengo un trabajo de unos 10 o 15 días para ustedes en Punta del Este (hondo suspiro de alivio, pues era todo lo contrario a la andanada que me temía).

Aquel Secretario General de AGADU se llamaba Lalo Echegoncelay, un músico que tenía una orquesta (en esos momentos de pocos músicos, pero que en los años 50 había sido una orquesta numerosa, al estilo de las norteamericanas como la de Glenn Miller). Por otra parte también autor de muchos tangos famosos.

Los directivos de esa sociedad, como es lógico, eran en su mayoría grandes músicos. Claro está, músicos de orquestas de tango, músicos virtuosos... por lo cual yo tenía que

aguantarme y cerrar la boca cuando me decían: "para ser músico no sólo hay que dejarse crecer el pelo, sino también saber tocar" o futurismos como: "esa música (por el rock) va a durar un par de meses más" (ya van unos cuantos, y los que quedan...), y otras lindezas por el estilo.

A pesar de esos "consejitos" yo notaba que esos señores veían con simpatía que, de empleado, me convirtiera en músico. Al fin y al cabo, aunque sólo fuera de rock, empezaba a ser uno más de ellos.

Ese día salí del trabajo con una alegría inmensa, y fui directamente a casa de Esteban a contarle la noticia. ¡A Punta del Este y con un contrato de 15 días! Era la primera vez que salíamos de Montevideo.

Entrado el mes de enero de 1965 llegamos a Punta de Este, después de haber recorrido en autobús los 150 kilómetros que separan Montevideo de ese balneario, eso sí, en varias horas. A pesar de que los autobuses norteamericanos General Motors ya en los 60 eran rápidos y de extraordinaria comodidad (aire acondicionado, suspensión neumática), hacían parada en todos los pueblos. En todas las esquinas, diríamos mejor.

Al llegar a donde íbamos a actuar nos alojaron en una gran cabaña de madera. Todas las instalaciones de ese club eran de madera. Se llamaba "Club del Bosque" y estaba ubicado en un gran bosque de pinos. Todo era muy natural, rústico pero lujoso.

Allí hacíamos dos o tres pases por noche. De nuestro repertorio en ese momento, aparte de las canciones instrumentales, recuerdo haber tocado "La Bamba" y sobre todo algunas de Los Beatles, "I saw her standing there", "Twist and Shout" y "All my loving", que repetíamos varias veces a lo largo de una noche.

En aquel gran barracón también estaban alojados los músicos de la orquesta de Lalo Echegoncelay, con los cuales comíamos juntos, en unas largas mesas hechas con troncos de pinos, y nos partíamos de risa con las historias que estos músicos, ya entrados en años, contaban de sus andanzas.

No recuerdo ni siquiera lo que se cobró por estas actuaciones. Ninguno de los integrantes del grupo se preocupaba por el dinero. Lo cobraba Esteban y lo administraba para sufragar los crecientes gastos del grupo.

Terminado nuestro contrato en ese club, que creo recordar fueron 10 días, estábamos dispuestos a quedarnos unos días más en ese lugar para probar suerte en otros clubes o locales que necesitaran un grupo, y ¿porqué no? disfrutar un poco de esas hermosas playas.

Teniendo en cuenta que en esa misma temporada estaban actuando por todo Punta del Este Los Shakers, arrasando con su imagen calcada de los Beatles (trajes muy ajustados y melena larga), y con sus canciones muy bien hechas, nosotros no queríamos ser menos y nos lanzamos al ruedo. Claro está, éramos conscientes de las diferencias.

Nos rondaba por la mente la peregrina idea de que los músicos profesionales no servían para hacer rock. Y ahí estaban Los Shakers. Eran músicos profesionales, aunque sólo tenían algo más de 20 años. Qué equivocados estábamos! No sólo sabían tocar rock muy bien y su presencia era rotunda, sino que después de esa temporada de éxitos en Punta del Este viajaron a Argentina con un contrato de EMI-Odeón para

grabar su primer disco. Allí estaba el centro de la industria discográfica de la región. Mientras que nosotros...

Pues nosotros conseguimos un contrato por un fin de semana en un restaurante de bastante categoría llamado l'Marangatú. Estaba ubicado sobre la playa con una envidiable vista al mar. Tocamos un viernes, sábado y domingo. Por lo visto las cosas no iban muy bien en ese restaurante y nos ofrecieron una paga bastante exigua, más dos comidas por día. Aceptamos la oferta pensando en que esto sería un "puente" hacia un contrato mejor.

La comida era excelente. La paga apenas daba para cubrir el hospedaje. Y hospedarse en plena temporada de verano en ese balneario de élite era prácticamente imposible, a no ser que se dispusiera de mucho dinero. Eso era exactamente lo opuesto a nuestra situación.

Pero tuvimos la suerte de encontrar un matrimonio de ancianos que vivían permanentemente en ese lugar y tenían una pequeña habitación con baño para alquilar. Era la habitación del servicio doméstico, que seguramente habrían tenido en tiempos mejores. Instalaron tres camas, una pegada al lado de la otra, de forma que apenas quedaba espacio para pasar al baño. Pero éramos cuatro, por lo que hubo que solicitar una cama más. No había.

Y nos pusieron una cuna. A la pregunta de ¿quién va a dormir en la cuna? todas las miradas confluyeron en Jorge. Lo llamábamos cariñosamente "el petiso", por su pequeña estatura. Jorge, con cara de pocos amigos, resignado y sin mediar palabra, depositó su bolso en la cuna, como marcando posesión de su futuro lecho. "Lechito" diría yo. Fue así que pasó las siguientes noches durmiendo más arrugadito que una pasa. Por la noche, para ir al baño, había que pasar por encima de las camas. Y no teníamos mayor cuidado de dónde poníamos los pies. Cuantos más huevos pisáramos, más nos divertíamos.

Terminados esos tres días tocando en l'Marangatú -que demás está decir pasaron sin pena ni gloria, pues el público venía a cenar y les éramos absolutamente indiferentes- conseguimos que nos contrataran en una "boîte" (así se llamaban las discotecas en aquella época) de nombre "Morocco". Era un lugar bastante lúgubre y sospechoso. A la consabida frase de "las cosas no van bien" y "no podemos acordar un dinero fijo", nos ofrecen un porcentaje de lo que se recaudara esa noche. Aceptamos.

Con los focos del escenario, aunque eran bastante pobres, y la sala casi a oscuras, no se podía saber a ciencia cierta cuántos clientes habían entrado. Cuando nos dieron el porcentaje acordado, pensé que esa noche los clientes habían pagado con embutidos en lugar de dinero, pues nuestra paga fue la cantidad de... un refuerzo (bocadillo) de mortadela y una Coca Cola.

En vista de tan "mortadélica" paga y para no terminar odiando de por vida tan delicioso y socorrido embutido, declinamos la oferta de seguir tocando en ese tugurio. Decidimos volver a Montevideo para comer comida caliente en nuestras casas. Y Jorge, para poder estirar las piernas en su cama.

Esa temporada la escalada hacia el éxito en Punta del Este había sido "perfecta", sólo que en una escala descendente: habíamos comenzado en el "Club del Bosque" con un contrato, una paga interesante, alojamiento y comidas incluidas. Continuamos tocando en l'Marangatú por la comida y la cama, y terminamos en un tugurio tocando por un pan con mortadela. De todas maneras, el entusiasmo por el grupo no declinaba. Y un año más tarde, efectivamente, nos iría bastante mejor en el balneario.

LOS ENCADENADOS

De vuelta en Montevideo y ya entrado el año 1965 continuamos con nuestros ensayos, sin olvidarnos del "patinazo" que habíamos pegado en Punta del Este, aunque tampoco le dábamos mayor importancia.

En primer lugar, esta formación con Beto, Esteban, Jorge y Julio tenía pocos meses de vida; podía decirse que era una prolongación del grupo primitivo, Los Hot Clowns, aunque el repertorio y el sonido no tenían nada en común con la banda anterior.

Por otra parte, esas pocas semanas de convivencia en Punta del Este nos daban a entender que había bastante buena armonía entre nosotros, y que podíamos llegar a ser un grupo con cierta estabilidad.

Decidimos entonces cambiar el nombre de "Los Teddy Boys" al de "Los Encadenados", para olvidarnos de los constantes cambios de integrantes en la anterior banda, y sobre todo del repertorio de sambas brasileñas, boleros y música tropical.

El cambio de nombre vino acompañado de otras novedades. La preocupación primordial fueron los infaltables uniformes. Mandamos confeccionar unas americanas (sacos) sin solapas (creo que se llamaban cardigan, o "Mao") de color beige claro, adornadas con un borde marrón, y unos pantalones acampanados de color marrón (iguales a los que todavía usa Popeye el marinerito). Todo muy bonito.

Y para hacer honor a nuestro nuevo nombre se nos ocurrió colgarnos las guitarras no con las correas al uso, sino con cadenas. A tal fin compramos unas gruesas cadenas doradas de bisutería.

Al mismo tiempo forramos el parche delantero del bombo con un paño negro, y dándole forma de letra "e" a un trozo de cadena, la cosimos al paño del bombo con unas cuantas puntadas de aguja e hilo negro. Todo muy bonito, pero...

El día del estreno de tanta novedad, nos sobreviene el primer contratiempo. Al tocar el bombo, las vibraciones hacían que la bonita "e" que lucía el bombo se fuera descosiendo. Comenzó por tomar la forma de una "u" invertida, para terminar en una larga "i" que llegaba hasta el suelo del escenario. Lo más interesante era el ruido que producía con cada golpe de bombo... algo parecido a una pandereta. Podría haberse considerado como un nuevo instrumento de la era Beat, si no fuera porque Beto, ya cabreado con el molesto ruido, se levantó de su instrumento y de un manotazo arrancó lo que quedaba de la estupenda "e" encadenada.

Aquello fue sólo el principio de nuestros tormentos. Lo peor fue cuando en el primer descanso notamos un ligero cambio de color en nuestras elegantes chaquetas: ya no eran de un immaculado color beige. Una sombra gris se dibujaba en hombros, espalda y en todo lugar donde rozaran nuestras brillantes cadenas. Esas cadenas manchaban de tal forma que cuando terminamos la actuación no sólo teníamos una sombra gris en nuestros uniformes, sino que las chaquetas y nuestras manos eran de un negro subido. Parecía más bien que hubiésemos estado trabajando con sacos de carbón, en vez de haber estado tocando en un escenario.

Esto ocurrió en el Centro Español del Uruguay, donde votábamos a tocar por segunda vez en pocos meses. Salimos satisfechos por la actuación, a pesar de tener que llevar nuestras chaquetas a la tintorería. Pero no desechamos las cadenas, sino que nos buscamos chaquetas negras.

Poco a poco el grupo iba consiguiendo un sonido bastante conjuntado, aunque seguíamos teniendo un problema: Jorge, nuestro guitarrista, ponía todo su empeño para cantar, pero buscábamos algo más.

Los últimos meses de 1964 y los primeros del 65 empezamos a probar algunos cantantes, pero alguno de ellos no duraban siquiera un ensayo. Entre los chicos con los que ensayamos recuerdo a Varuyán Kalemkerián (puedo asegurar que era uruguayo, a pesar de su nombre), y a Tito Cambón.

Estas pruebas las hacíamos en casa de los padres de Jorge, un apartamento de reducidas dimensiones. Metidos en la cocina, para no molestar a sus padres que estaban viendo la televisión. A duras penas entrábamos los tres con nuestras guitarras; no podíamos siquiera movernos.

Al sonido de nuestras guitarras había que agregarle el sonido de vasos, platos y demás vajilla que íbamos rompiendo con los mástiles de las guitarras cuando intentábamos movernos, mientras se escuchaban las (incumplidas) promesas de la madre de Jorge, de no dejarnos ensayar más en su casa.

No creo que estos candidatos a cantantes para el grupo vieran algún futuro en estos ensayos. No volvíamos a verlos por entonces.

Varuyán formó un dúo con una de sus hermanas, y años más tarde nos lo encontramos en Buenos Aires, donde fueron a amenizar fiestas de la comunidad uruguaya.

Tito Cambón, a pesar de ser un buen chico, nos parecía demasiado presumido, algo "snob". Creo que poco después integró un grupo con los hermanos Berro (una familia muy conocida de la sociedad uruguaya). Quizás era eso lo que él buscaba... nosotros éramos más "normalitos".

En Febrero de 1965 conseguimos una actuación en Punta del Este, gracias a la intermediación de nuestro amigo Yaffé, hijo del propietario de las Galerias Yaffé, muy conocidas en aquella época. Él se había convertido en una especie de espontáneo "manager" nuestro.

La fiesta en cuestión era en honor de una chica que cumplía quince años. Era hija de un conocido hombre de negocios de apellido Nathan, y probablemente amigo de la familia de nuestro pseudo-manager. Y nuestro amigo negoció con el padre de la chica una suma muy elevada por nuestra actuación.

La alegría era total. Pensando en el dinero que íbamos a cobrar, decidimos agregar a nuestro nuevo (aunque ya estrenado) nombre, uniformes y pringantes cadenas, dos nuevos amplificadores, uno para la guitarra y otro para el bajo. Porque para el altavoz del bajo usábamos a modo de baffle la misma caja en la que venía embalado, y no resultaba muy presentable para una fiesta de esa categoría.

Teníamos solamente dos semanas para que nos terminaran nuestros equipos, por lo que ningún técnico quería asumir tal encargo. Finalmente un señor de apellido Warren aceptó ese urgente encargo.

Recibimos los nuevos amplificadores unas horas antes de partir hacia Punta del Este. Ni siquiera los probamos bien, sólo nos dio tiempo de enchufarlos y comprobar que se encendían.

Llegados al lugar de la fiesta, vemos que ésta se iba a desarrollar en un enorme jardín de pinos que la casa tenía. A la noche comenzamos nuestra actuación, que por ser al aire libre nos obligaba a poner nuestros flamantes equipos al máximo volumen.

¡Sorpresa! Demasiado tarde nos dimos cuenta de que ya a medio volumen los aparatos distorsionaban bastante, y al máximo la distorsión era total. Todo era un ruido espantoso.

Y como si con lo anterior tuviésemos poco, el baffle del bajo había sido construido con una chapa de madera muy delgada. El enorme altavoz, de medio metro de diámetro, desplazaba tanto aire que hacía vibrar la tela mosquitera con la que habíamos forrado la cara delantera del baffle, produciendo otro espantoso ruido que se sumaba a la distorsión de la guitarra. Al mismo tiempo, el ligero baffle tenía la particularidad de "caminar" a su antojo sobre el escenario, ayudado por las cuatro ruedas que le habíamos puesto.

En cierto momento de la actuación siento que algo, o alguien, me toca la espalda. Al girar la cabeza para comprobar quién (o qué) me estaba tocando, noto con estupor que era mi propio baffle, que había dado un paseo de tres metros desde el fondo de la tarima. Algo nervioso, pero sin dejar de tocar, con un par de certeras patadas lo llevé a su sitio. Esa noche la pasé corriendo sobre el escenario detrás de mi baffle.

El micrófono para la voz estaba conectado al amplificador de la guitarra que distorsionaba de lo lindo, por lo cual más vale no recordar como sonaba todo aquello: deprimente! Tanto que al terminar el primer pase se nos acerca el dueño de la casa (y responsable de pagarnos), para decirnos con toda claridad: "Si en la próxima vuelta no tocan mejor, les doy una patada en el culo y se van sin cobrar."

Y no tocamos mejor.

Y nos pegaron la patada en el culo.

Y lo peor, no cobramos. En medio del segundo pase nos vimos obligados a abandonar el escenario, mientras escuchábamos los aplausos de los invitados. ¿Aplausos? ¿A nosotros? No podía creerlo. De inmediato me percaté de que la gente aplaudía la puesta en marcha de un tocadiscos. Era la primera vez en mi vida que veía al público aplaudir a un aparato y no a los "artistas".

Esa noche dormimos bajo los pinos de ese jardín, tapados con los pegajosos manteles que habían servido para adornar las mesas de la fiesta, y pensando en la forma de conseguir dinero para pagamos la vuelta a Montevideo. No teníamos ni un céntimo.

Nos acordábamos continuamente de ese tal Warren, el que nos había fabricado los equipos.

Y de su madre.

LOS ENCADENADOS II

(entrada de Polo en el grupo)

A pesar de haber tenido continuos tropiezos en nuestra andadura desde 1963, no los tomábamos muy en cuenta. Pero lo de la fiesta en Punta del Este fue un duro golpe para todos. Al margen del ridículo que habíamos hecho, lo más preocupante era que nuestro entusiasmo por el grupo flaqueaba hasta cundir la desesperanza, con lo cual peligraba la estabilidad y la existencia misma de la banda.

El mazazo recibido nos hizo reflexionar, pero en lugar de caer en la desilusión nos propusimos arreglar la situación. Eso pasaba por dos premisas: ensayar más asiduamente, no sólo los fines de semana, y organizar los ensayos de una manera más profesional, sin perder el tiempo como hacíamos hasta el momento, en que la mayor

parte del ensayo se iba en bromas y conversación. Esto lo llegamos a cumplir a rajatabla.

La segunda premisa era no aceptar ninguna actuación más hasta que el sonido del grupo fuera realmente impecable; no queríamos pasar más vergüenza. Esta premisa, en cambio, fue imposible de cumplir estrictamente.

La decisión de ensayar todos los días de semana (o todos los que fuesen posibles) implicaba dos problemas. El primero era que el grupo pasaba a ser la ocupación más importante en nuestras vidas, relegando los demás deberes a un segundo plano. Algo con lo que nuestros padres difícilmente iban a estar de acuerdo.

El otro problema era que para poder ensayar teníamos que deambular por diferentes casas de amigos, una de ellas la de Yaffé y otra, muy especialmente, la casa de la señora Antonia Aguirrezabalaga, de la cual más adelante debo hacer mención aparte. Pero estos ensayos no tenían la seriedad que nos habíamos propuesto. Ahí se reunían todos los amigos y vecinos de quien nos dejara ensayar, chicos y sobre todo chicas, que nos ponían la cabeza (y el cuerpo) en otra órbita. Terminaban siendo una fiesta, más que un ensayo.

De alguna manera Esteban convenció a su padre y volvimos a ensayar los fines de semana en su casa. Estaríamos ya en marzo de 1965, y a partir de entonces ocurrió una sucesión continua de acontecimientos que en pocos meses terminarían por dar un vuelco total al grupo.

Entre otras canciones teníamos ensayadas algunas de los Beatles, que como a casi todos los jóvenes de nuestra época nos habían revolucionado el sentido de la música. Pero al margen de la falta de un verdadero cantante, ese estilo no nos convencía del todo. Cuando tocábamos algún rock más fuerte nuestro sonido resultaba más redondo que al interpretar las canciones de Los Beatles. Nos adaptábamos mejor a un Rock más descarnado.

Aun a riesgo de equivocarme, pienso que en los años inmediatamente anteriores a la aparición de Los Beatles, el Rock había entrado en un cierto estancamiento. Little Richard se había dejado de escuchar, por ende Los Teen Tops tampoco se oían, y sus rocks en español ya sonaban a antiguo. Elvis Presley se había convertido en un cantante melódico. Hasta pienso que Chubby Checker, con su "Twist again", llegó a llenar en parte ese determinado vacío de rock. Y el hecho era que nos seguían faltando temas rockeros en nuestro repertorio.

En esos mismos meses Esteban consigue hacerse con el primer LP de Los Rolling Stones. Resultó ser el más entusiasta con el nuevo grupo inglés, y no andaba mal encaminado. Nos lo hacía escuchar repetidamente. Jorge y yo coincidíamos más o menos con Esteban, aunque a Beto los Stones le eran indiferentes, prefería claramente a los Beatles.

Empezamos a ensayar temas de ese primer LP de los Stones: "Route 66", "Carol", "Walking the dog", y desde las primeras notas coincidimos en que un sonido como el de los Stones, más crudo, más rítmico, cercano al Rock y al Blues, era lo nuestro.

Aunque habíamos hecho votos de no actuar hasta que considerásemos que estábamos totalmente preparados, rompimos esa promesa para tocar en un programa de TV en Canal 10 de Montevideo que se hacía en directo los domingos al mediodía, dirigido por el veterano locutor Miguel Angel Manzi.

También, y esto fue para nuestra suerte, fuimos a un programa radial (se llamaba "El Club de los Gatos) en CX 10 Radio Ariel, donde además del grupo locatario Los Gatos tenían cabida todos los grupos y cantantes noveles que desearan hacerlo, entre ellos nosotros Los Encadenados, Los Epsilons (luego se llamaron Kano y los Bull Dogs), y un chico como de nuestra edad -teníamos todos 17 años en ese momento- que se hacía llamar Rocky.

Rocky cantó un par de canciones acompañándose con su guitarra; una era un rock, creo que de Chuck Berry. Cantaba muy bien y se movía con soltura por el escenario. Nos miramos unos a otros y sin mediar palabra, los cuatro sabíamos perfectamente lo que estaba pensando cada uno en ese momento: "Éste es el cantante que necesitamos!"

Sin perder tiempo, Beto se le acercó y le propuso venir a un ensayo nuestro. Rocky aceptó la invitación, pero ese ensayo no se llegó a concretar.

Una o dos semanas más tarde volvimos a coincidir con él, en un festival de música en Parque del Plata (balneario turístico a unos 60 km de Montevideo) que sería televisado por Canal 10. Esta vez Beto afinó su puntería y trabó amistad con Rocky, tanto que el viaje de regreso a Montevideo lo hicieron juntos en el fondo del autobús, cantando canciones de Los Beatles durante todo el camino.

Esta vez Rocky se presentó a nuestro ensayo el sábado siguiente. Comenzamos preguntándole qué canciones prefería o le gustaría cantar. Nombró algunas de los Beatles, y "Route 66" que ya se conocía aunque en versiones anteriores a Los Stones. El ensayo estuvo muy bien. Rocky cantaba mucho mejor de lo que podíamos haber imaginado, y se movía con mucha soltura (descaradamente mejor que cualquiera de nosotros, que salvo Jorge parecíamos unas estacas). Era de la misma edad que los demás del grupo (todos teníamos 17 años en aquel momento) y parecía tener buen carácter. ¿Qué más podíamos pedir?

Le comentamos nuestra inclinación hacia los Rolling Stones. Esteban le hizo escuchar el LP del nuevo grupo inglés -que él ya conocía- y le invitó a aprenderse las letras de las canciones que ya teníamos ensayadas.

Rocky no nos dijo si le gustaban o no. Simplemente le hizo saber a Esteban que no sabía hablar inglés. Pero eso no iba a ser ningún impedimento: se escribirían las letras fonéticamente y él se las aprendería.

Rocky pidió que le dejáramos el LP de Los Stones para escucharlo en su casa, y dimos por finalizado el primer ensayo con el posible nuevo integrante. El fin de semana siguiente volvimos a reunirnos en casa de Esteban para ensayar, y allí estaba Rocky con el LP de los Stones bajo el brazo. Por lo visto le había interesado el grupo!

Nos dispusimos a tocar "Walking the dog". Rocky comenzó a cantar y a alguno de nosotros se le escapó un ¡Uaah! No sólo se había aprendido la letra sino que escuchando el disco, prácticamente le había copiado el timbre de voz al cantante de Los Stones. Parecía que el mismísimo Mick Jagger estuviera cantando en el comedor de casa de Esteban!

El ensayo salió redondo; todo fueron risas y alegrías. Llevábamos más de tres años con "sequía" de cantante, pero por lo visto la espera estuvo bien recompensada. Los Stones podían gustar a unos más y a otros menos de entre nosotros, pero todos estábamos de acuerdo en que ése era el camino a seguir.

No nos gustaba llamarlo Rocky, pero su nombre real era (y es) Jorge, y ya teníamos a nuestro guitarrista con ese mismo nombre. Para distinguirlos, Esteban propuso llamarlo "Polo", y él aceptó complaciente. Hasta el día de hoy continúa usando ese nombre.

Así, ya con Polo en nuestras filas estrenamos la nueva formación justamente donde lo habíamos conocido, en el programa de Dino de Los Gatos en CX 10 Radio Ariel. Poco después también en el programa de TV de Canal 10 los domingos al mediodía, "El show de los triunfadores", donde demostró que tenía una puesta en escena extraordinaria.

Allí Polo se acercó al legendario presentador Miguel Angel Manzi, a quien saludó con toda confianza. Don Miguel Angel se dirigió al resto del grupo explicándonos: "a Jorgito (Polo) lo conozco desde que tenía cinco años".

Lo que no sabíamos hasta ese momento era que Polo había estado cantando en programas radiales y espectáculos desde los cinco años de edad. Cantaba música mejicana. Era la pequeña estrella del programa radiofónico más escuchado (aún no existía la TV) en los años cincuenta: la "Revista Infantil" de Miguel Ángel Manzi. Era aquel Jorgito, y recuerdo con claridad cómo mi madre, así como miles de otras madres, se quedaban clavadas al dial de CX 16 Radio Carve para escuchar a ese niño y soñar que algún día su propio hijo cantara como él... mientras Jorgito/Polo derrochaba su afinada voz de niño, subido a una silla para llegar al micrófono.

Ignorantes que éramos! Habíamos invitado a ensayar a Polo para probarlo como cantante, cuando podía haber sido él quien nos pusiera a prueba a nosotros. Tablas, le sobraban.

LOS ENCADENADOS III (1965, año de los cambios)

Continuamos en este año 1965, que resultó absolutamente pleno de cambios y actitud positiva, dejando atrás aquel cúmulo de situaciones tragicómicas del pasado (aunque para nosotros, de cómicas no tenían nada en ese momento). Pero vistas a través de la lente del tiempo, las recordamos llenas de humor y alegría. Y son estas situaciones, justamente, las que se quedan grabadas indeleblemente en la memoria.

Continuamos con los ensayos cumpliendo rigurosamente lo que nos habíamos propuesto: seriedad total en los ensayos (hasta llegamos a respetar los horarios). Comenzábamos siempre con un calentamiento de media hora o más tocando todos a la vez al ritmo de un metrónomo. Así buscábamos conjuntarnos, y ¡ay de aquel que se adelantara o atrasara... el resto del grupo lo ponía a parir!

Las canciones las preparábamos una a una, repitiendo la misma hasta que nos saliera bien. Ya podían ser 20 o 30 veces -o hasta que alguno de nosotros pedía por favor cambiar de canción porque ya estaba más que harto de tocarla.

Así transcurrían todos los ensayos. Después del consabido "calentamiento" tocábamos una sola vez las canciones que ya nos sabíamos de los días anteriores, y agregábamos una nueva que ensayábamos hasta la extenuación. El resultado fue que en pocas semanas llegamos a tener un breve, pero muy bien preparado repertorio de los Stones. De esta manera fuimos agregando a "Route 66", "Carol" y "Walking the dog", "I just wanna make love to you", "The last time", "Time is on my side", "We got a good thing going", después "Satisfaction"...

(Cuarenta años más tarde, en una conversación telefónica con Polo, me hablaba de lo duros que le parecían nuestros ensayos. Todavía lo recordaba.)

Día a día, semana a semana, se iban sucediendo hechos y situaciones (casuales en su mayoría) que incidirían directamente en el progreso del grupo. Así ocurrió con Jorge Schaffner, un chico algo mayor que nosotros que al pasar delante de la casa de Esteban nos escuchó ensayar desde la calle y decidió llamar a la puerta para conocernos.

En principio su interés por tratar con nosotros era para que le acompañásemos como músicos para grabar dos canciones que él mismo había compuesto, y que también cantaríamos. Ensayamos las canciones con él y terminamos grabándolas en los estudios de CX 10 Radio Ariel, aprovechando al mismo tiempo para grabar un par de composiciones nuestras.

Éstas fueron, primero, cuatro en castellano: tres de Jorge y Esteban, y una más que era un "cover" de un grupo inglés del que había llegado una partitura a AGADU donde yo seguía trabajando. Y poco después grabamos en el mismo estudio dos flamantes versiones de los Rolling Stones que ya teníamos bien ensayadas: "Time is on my side" y "I just wanna make love to you", nuestras primeras grabaciones en inglés.

Lo importante de este encuentro con Schaffner no fueron realmente las canciones que grabamos con él (que eran una mezcla de estilos "Club del Clan" con fox-trot de los años 30, bastante terribles), sino su oficio: todo lo que tenía de malo como autor o cantante, lo tenía de bueno como técnico en electrónica. Nos fabricó un par de amplificadores para las guitarras y el bajo casi sin coste alguno, que fueron los únicos que tuvimos durante todo el resto de la vida del grupo. Jamás tuvieron un fallo. Y jamás llegamos a tener amplificadores de marca.

Schaffner continuó asistiendo a los ensayos después de haber grabado sus dos canciones, y terminamos haciendo una buena amistad. Tanto que se convirtió en nuestro manager, en Uruguay y durante el tiempo que estuvimos en Argentina, hasta nuestro regreso a Montevideo a principios de 1967. Cuando el resto de Los Mockers -ya sin Esteban- regresamos a Buenos Aires a principios de 1968, ya no siguió con nosotros.

Retomando el hilo de la historia, otra de las novedades en aquellos meses de 1965 fue la compra de un órgano "Magnavox", esta vez un órgano de verdad. Una tarde antes de comenzar el ensayo, Esteban nos lleva al garaje de su casa para mostrarnos la nueva adquisición: un hermoso órgano electrónico con mueble de madera, con doble teclado y hasta con pedales para los bajos... más bien diseñado para el uso en el salón-comedor de una casa. Pero era lo máximo a que se podía aspirar en aquel entonces. No habían todavía (o no se conseguían) teclados portátiles tipo "Vox" o "Farfisa", como los que salieron poco después.

El grupo progresaba a pasos agigantados. En esa misma proporción bajaban las calificaciones de los estudios, y nuestros padres se veían incapaces de frenar nuestro entusiasmo. Es más, en cierta forma nos alentaban. La compra del órgano lo demuestra: no pudo haber sido posible sin la intervención de los padres de Esteban. Dicho más claro: "los viejos pusieron los pesos".

Y así comenzamos a ensayar otra vez en el garaje de la casa, mientras el coche de don Otto, el papá de Esteban, quedaba relegado a "dormir" en la calle. Aunque no por mucho tiempo: pronto las quejas de los vecinos del edificio contiguo hicieron que por segunda vez nos viésemos en la calle.

Ahora también estaba el órgano de Esteban, que aunque no era tan grande y pesado como un piano, sí era demasiado voluminoso como para transportarlo de casa en casa, cuando ocasionalmente algún amigo nos permitiera ensayar. Y era evidente que los padres de aquellos amigos tampoco aguantaban más de un fin de semana el ruido que hacíamos, ni el ir y venir de chicos y chicas por sus viviendas.

Pero esta vez no fue preciso "mendigar" la casa de ningún amigo para ensayar. Tampoco queríamos hacerlo más: la experiencia anterior nos había demostrado que los ensayos "ambulantes" no nos beneficiaban en absoluto.

La solución vino por el lado de don Otto, el padre de Esteban, que tenía una pequeña tienda en el barrio Pocitos de Montevideo. La tiendita, ya cerrada, formaba parte de una vieja casona con tres habitaciones al fondo, cocina y baño.

En una de esas habitaciones vivía una señora emigrante alemana muy entrada en años. Otra de las habitaciones la destinó don Otto a nuestros ensayos, posiblemente presumiendo que sólo iríamos a ensayar los fines semana.

Pero estando en ese lugar fue justamente cuando decidimos tomarnos el grupo en serio y ensayar todos los días, incluida tremenda bronca al que faltara o llegara tarde.

Eso, unido al hecho de que nos habíamos adueñado de toda la casa, hacía imposible que una señora tan mayor aguantara tanto ruido y trasiego. Claro está, pocos meses más tarde volvíamos a estar en la calle. Difícil lo tenían Los Encadenados para ensayar a su volumen habitual.

Los meses que estuvimos ensayando al fondo de esa tienda fueron los más prolíficos. El grupo acabó sonando muy bien conjuntado. Teníamos un repertorio formado por unas cuantas canciones de los Stones, entre algunos otros temas de rock. No era un repertorio muy extenso pero esas pocas canciones, arregladas cuidadosamente y ensayadas cada una hasta la extenuación, llegaron a sonar a un nivel comparable a las de los discos ingleses.

En el grupo destacaban tanto la voz de Polo, que le salía muy parecida a la de Mick Jagger, como el dominio de Jorge con su guitarra, que nada tenía que envidiarle a los más reconocidos guitarristas de los grupos británicos de aquel momento. Prácticamente encerrados durante dos o tres meses, ensayando y sin actuar en ningún local público, el grupo había dado un notable salto cualitativo.

Aquel año 1965 la música británica ya había entrado con fuerza en el Uruguay. Algunas emisoras radiaban programas de media o una hora dedicados exclusivamente a la música de Los Beatles, Rolling Stones, The Who, Herman's Hermits, The Tremeloes, Gerry and the Pacemakers, etc. Entre las emisoras que más impulsaron este tipo de música recuerdo a Radio Sarandí, Radio Centenario, Radio Ariel, Radio Oriental y Radio Independencia.

Esta última era un caso singular. Había sido una emisora dedicada a la comunidad armenia en Montevideo, que cedía espacios a otras comunidades de emigrantes. En todo el día no se escuchaba ni una sola palabra en castellano. La mayor parte de los jóvenes uruguayos ni siquiera sabían de su existencia, hasta que los hijos de su propietario, Berch y Aram Rupenián, muy jóvenes y entusiastas de la música británica, comenzaron a difundir este tipo de música. En poco más de un año pasó a ser la emisora más escuchada por la juventud de Montevideo.

Muy por el contrario, los canales de televisión uruguayos apenas dedicaban algunos "flashes" a los Beatles. Los programas musicales se limitaban a los artistas de "El Club

del Clan", un programa argentino con cantantes como Palito Ortega, Chico Novarro, Violeta Rivas, etc., interpretando canciones muy comerciales, muy pegadizas, con letras casi infantiles, impecablemente vestidos y peinados, a quienes les hablan inventado un pasado de esfuerzo y trabajo hasta llegar a la cima del mundo del espectáculo. Todo muy convencional.

Argentina, nuestro gigante país vecino, era el centro de la industria musical de la región y marcaba lo que había que ver y escuchar, exportando programación y espectáculos. Pero por algún motivo, en 1965 en el país hermano no existían o no se conocían grupos de rock, "melenudos" o "flequilludos" como se les llamaba, lo cual en esa época representaba la rebeldía con mayúsculas. Quizás sea que entre los pocos meses que duraban los gobiernos democráticos en Argentina -y los muchos años que duraban las dictaduras militares- eran silenciados por todos los medios posibles, de la mano de una especie de policía política que realmente existía en aquel entonces.

En cambio, los chicos y chicas de "El Club del Clan", tan acicaladitos ellos y ellas, representaban el tipo de juventud que los jefes de turno querían imponer. Bien vestidos, peinaditos, trabajadores, y sobre todo sin protestar, eran el prototipo de lo políticamente correcto. Pero esto es harina de otro costal, y merece relatarse más adelante, ya que lo llegamos a vivir durante nuestra etapa en Argentina.

Pues bien, el primer canal que hizo algo por la música 'beat' en Montevideo fue justamente el que más audiencia tenía, Montecarlo TV canal 4. Un buen día anunciaron a bombo y platillo en pantalla que iban a presentar a los Beatles. Los que estábamos más al día no lo podíamos creer ¿Que los Beatles vendrían a un programa de TV de un país sudamericano con sólo tres millones de habitantes? Imposible. ¿Dónde estaba la trampa?

Unos días antes de su actuación por TV veo en un periódico el anuncio de tal presentación. Ponían en letra pequeña "The American..." y en letra grande "...Beatles" (sí, con dos "e"). Ahí estaba la trampa.

Pero sólo se enteraron del engaño unos cuantos miles de jóvenes. El resto del público los vio pensando que eran los famosos británicos. En realidad sólo eran cuatro listillos norteamericanos con el pelo largo, que con ese nombre hicieron "cash" en algunos países latinoamericanos (en EE.UU los habrían colgado por los pulgares).

Aún así en Uruguay el evento fue muy sonado, porque los auténticos Beatles ya eran la sensación en todo el mundo. Así fue como la población de un país sudamericano casi insignificante se dio el lujo de (creer) ver en directo por TV al grupo más famoso del mundo -antes que en la mayoría de países europeos o los mismísimos EE.UU. Poca vergüenza tenían los directivos de ese canal de TV!

LOS ENCADENADOS EN MONTEVIDEO

(enero-julio de 1965)

En Montevideo no sólo estaban cambiando algunas emisoras de radio, sino que también poco a poco fueron apareciendo formas diferentes de presentar los espectáculos musicales, un poco al influjo de las noticias sobre los locales ingleses como el "Cavern Club". Comenzaron a proliferar pequeños locales donde los sábados y domingos, desde tempranas horas de la tarde, se reunía un buen número de jóvenes de ambos sexos para ver y escuchar a unos cuantos grupos de rock.

Allí cualquier banda no tenía más que pedir permiso, colocar sus bártulos en el escenario -si lo había- y arrancarse con un rock. Para esa época existían ya varios grupos formados o a medio formar, donde algunas veces, a falta de algún instrumentista se lo prestaban unos a otros.

El cambio era radical. De tocar en bailes o fiestas donde el público iba a bailar, beber y divertirse prestándole la mínima atención a los músicos, pasamos a actuar en estos locales -llamados "cuevas" por imitar a los clubes británicos- donde los grupos eran el centro del espectáculo y el público estaba pendiente de lo que tocaras o hicieras. Era muy de agradecer.

A pesar de nos habíamos jurado no tocar en público hasta no estar bien preparados, rompimos esa promesa y fuimos a tocar a uno de estos locales, a pedido de un amigo, Enrique Tambaco, que estaba probando suerte abriendo una de estas "cuevas". Quedamos bastante impresionados con la actuación. Las canciones salieron de maravilla, y el grupo transmitía una fuerza que hasta el momento no habíamos visto en otras bandas. A nuestro corto repertorio "stoniano" le agregábamos largas improvisaciones repitiendo los consabidos tonos de blues, donde Jorge ya en aquel entonces demostraba su maestría con la guitarra.

Todo era absolutamente informal y espontáneo, una bocanada de libertad para aquellos jóvenes. Creo que en ese momento los asistentes se hacían la ilusión de estar en una de las "caverns" inglesas, viendo y oyendo a los propios Rolling Stones. Y nosotros... también.

Esta experiencia fue bastante impactante y positiva para el grupo. La sensación de sentirse arropado por un público que te aplaudía y te entendía hacía que nuestro entusiasmo por el grupo se redoblara. Continuamos con estos ensayos de disciplina un tanto prusiana, con los que en pocos meses habíamos logrado pasar, de haber sido echados como agua sucia de un cumpleaños en Punta del Este, a ser considerados por la juventud rockera como uno de los mejores grupos noveles de aquellos tiempos en Montevideo. A pesar que todos los integrantes del quinteto siempre fuimos bastante modestos, en esos momentos nos hinchábamos de orgullo y felicidad. Parecía que en el momento de salir a escena hubiera que ensanchar la puerta.

Después de esta primera experiencia en una "cueva" intentábamos tocar en ellas todos los fines de semana que pudiésemos, nos pagaran o no. Creo que hasta habríamos pagado por tocar, de ser necesario. El grupo continuaba progresando, aunque aparte de las actuaciones en las "cuevas" no recuerdo haber tocado en ninguna otra sala.

El problema permanente que teníamos era dónde ensayar. Continuábamos haciéndolo en la trastienda del padre de Esteban, pero por lo visto la viejecita que vivía allí no aguantaba más el ruido diario. Además, al lugar de ensayo le habíamos agregado otra utilidad un tanto alejada de la música: pretendíamos utilizarlo para atraer chicas. Pretendíamos solamente.

Es evidente que a esa edad se iban haciendo amistades con chicos y chicas. Con la excusa de ir a ver los ensayos invitábamos a algunas *pibas* con las que intentábamos hacer algo más que conversar. Pero por lo que a mí respecta, lo único que conseguí fue que cuando con mi inexperiencia le insistí demasiado a una pobre chica que posiblemente no esperaba esa actitud, directamente se desmayó. Vino una ambulancia y hubo un lío monumental. El caso es que ese día terminé tan virgen como cuando mi madre me cambiaba los pañales.

Bastó con que el padre de Esteban se enterara de ese pequeño detalle para que a los pocos días nos encontrásemos otra vez en la calle.

Pero esta vez no estuvimos muchos días sin ensayar. En aquel tiempo Polo trabajaba en una tienda de muebles por el barrio de La Aguada, de la cual era cliente una señora muy aficionada a la música. Tenía un hijo, Carlos, un poco menor que nosotros y muy entusiasta de Los Beatles, quien junto con otro amigo comenzaba a dar los primeros pasos para formar un grupo de música.

En alguna conversación Polo hizo saber a la señora que no teníamos lugar para ensayar con nuestro grupo. De inmediato la señora Antonia, que éste era su nombre, se prestó a solucionar el problema, invitándonos a su propia casa para poder continuar con los ensayos. Según supimos después, era heredera de una céntrica Administración de Lotería, que en otros tiempos había adquirido su difunto marido cuando se legalizó el juego en Uruguay.

La paciencia que tenía la señora Antonia era admirable. Nosotros ensayábamos en una de las habitaciones, mientras su hijo y su grupo lo hacían en otra habitación. No sólo el ruido era bastante insoportable para una vivienda, sino que andábamos por la casa como si fuese nuestra. Tocábamos su piano, usábamos su tocadiscos, su televisor, su teléfono, su baño. Y nunca recibimos un solo reproche, ni siquiera una mala cara por su parte. Era una de esas personas de las que lamentablemente quedan pocas. Cuando daba algo, lo hacía con todas sus consecuencias.

Esteban ya tenía su flamante órgano, Beto la reluciente batería que se había mandado hacer. Jorge ya hacía varios meses que había conseguido un guitarra nueva, de marca, una Höfner. Solamente yo todavía tocaba con mi bajo artesanal, y Polo usaba una guitarra prestada. Seguía siendo muy difícil encontrar instrumentos de marca, de importación. Y cuando aparecía alguno, los precios eran prohibitivos para nuestras menguadas arcas.

Unos meses más tarde llegó una nueva partida de instrumentos marca Höfner, que para deleite de todos aquellos que deseábamos poseer uno, lucían en los escaparates de esa tienda de instrumentos que se llamaba Palacio de la Música. Nos acercábamos a ese escaparate varias veces a la semana, casi pegando nuestras narices contra los cristales, para no perdemos ningún detalle del instrumento. Era una forma de estar más cerca del objeto deseado. Era como decir, casi lo tengo.

En los ensayos de casa de doña Antonia hablábamos con entusiasmo sobre la disponibilidad de esas largamente esperadas guitarras y bajos. Pero... de dónde sacar el dinero?

Viendo el entusiasmo que demostrábamos por esos instrumentos, y la necesidad que tenía Polo de hacerse con una guitarra propia, la señora Antonia no dudó en preguntarnos cuál era su precio, y sin más dilación le compró una guitarra eléctrica, también una Höfner.

No conforme con ese regalo y viendo que todos teníamos instrumentos nuevos, excepto yo que seguía usando mi pobre bajo casero, doña Antonia no aguantó la tentación de decirme que fuera a ver qué bajo me gustaba (aunque yo ya lo tenía elegido desde el primer momento de su puesta en venta)... pero que no me hiciera muchas ilusiones, porque eran muy caros y ella no tenía tanto dinero. Era solo un "farol" para tenerme en ascuas.

Nunca olvidaré el momento en que recibí el bajo en su casa. Lo primero que me dijo fue que no pensara que me lo estaba regalando. Que ya se lo pagaría más adelante

cuando pudiera, y agregó con tono burlón haciéndole un guiño a Jorge Schaffner que también estaba ahí: "cuando sean famosos", tratando de disimular unas lágrimas de alegría que se le escapaban, seguramente sintiéndose plena por haber hecho feliz a un chico que de otra manera nunca habría podido ver realizado ese sueño. Era una persona de una bondad infinita, irrepetible.

LOS ENCADENADOS EN MONTEVIDEO II (Julio - diciembre de 1965)

Durante los meses de invierno, Julio a Septiembre, fríos y lluviosos, volvimos a ensayar en la trastienda del comercio del padre de Esteban, al haber fallecido la señora alemana que allí vivía.

Continuamos con los ensayos duros. Por estas fechas la diferencia de sonido, comparando con los seis meses anteriores del año, ya era notable. Los nuevos instrumentos marca Höfner que hablamos adquirido (mejor dicho, que habíamos recibido de regalo) y los amplificadores contruidos por Jorge Schaffner ayudaron a ese cambio -aunque no sé si serían comparables a los "Vox" o los "Marshall" que se utilizaban en esos mismos momentos en Europa y EE.UU.

Teníamos preparadas unas diez o doce canciones del primer LP de los Stones que habíamos ensayado hasta la saciedad, a tal punto que sonaban bastante parecidas a las grabaciones originales. Aparte de que la voz de Polo tenía un parecido increíble con la de Mick Jagger.

Esporádicamente actuábamos en alguna "cueva", con gran aceptación por parte de la juventud que allí se congregaba, haciendo que nos sintiésemos como un grupo rockero de primera línea.

Supongo que actuábamos allí sólo por esa grata sensación, porque el dinero que recibíamos por tales actuaciones apenas cubría los gastos de transporte de los instrumentos, y si acaso para beber un par de Coca-Colas.

Es más, si hubiésemos tenido alguna preocupación por el dinero, el grupo habría dejado existir desde los comienzos, ya que del principio hasta el final de nuestra trayectoria la ruina financiera fue una constante -excepto mucho más adelante los últimos meses de 1968 y principios de 1969 en Argentina.

DICIEMBRE 1965

Debo señalar que en este mes de diciembre de 1965 se sitúa el origen de todo lo que más tarde ocurrió, ya con el nombre de Los Mockers.

El día 8 de diciembre de 1965, festivo en Uruguay por ser el "Día de las Playas", también fue una jornada especial para buena parte de la juventud uruguaya. Los Shakers iban a actuar en un gran espectáculo, después de un año de grabaciones, actuaciones y un éxito incontestable en la vecina Buenos Aires. Todo un acontecimiento para los jóvenes montevideanos, incluidos nosotros mismos, aunque fieles a la disciplina que nos habíamos impuesto decidimos ensayar también ese día, privándonos de acudir a este espectáculo.

Por la tarde Los Shakers hicieron una presentación promocional, tocando un par de canciones en un improvisado escenario en la Playa Pocitos. Más tarde, a eso de las 20 horas, se presentarían en el "Palacio Peñarol", en un espectáculo en directo y transmitido por radio, que se anunciaba como un gran acontecimiento.

Serían como las cuatro de la tarde de ese mismo día cuando sonó el teléfono en nuestro ensayo. Lo oímos por pura casualidad, cosa rara con el ruido que metíamos. Esteban salió al pasillo para atender la llamada. Volvió a entrar en la habitación con cara preocupada y nos hizo una seña para que parásemos de tocar. Nos dijo que la llamada era de Marcos Zimet, representante de Los Shakers en aquel entonces (y creo que aún siguió siéndolo 40 años después), pidiéndonos prestado nuestro órgano eléctrico para ser utilizado por Hugo de Los Shakers en el espectáculo del Palacio Peñarol esa tarde-noche.

Todavía no me explico cómo Marcos logró dar con nosotros, ya que éramos bastante desconocidos para el público en general. Habrá tenido que hacer sonar muchos timbres hasta lograrlo... Quizás éramos el único grupo, hasta ese momento, que poseíamos un instrumento de esas características.

La petición tomó por sorpresa a Esteban. En ese instante no supo qué contestar por teléfono, y pidió a Marcos Zimet que volviera a llamar en unos minutos para consultarlo con el resto del grupo. Aunque Esteban era el dueño del instrumento (mejor dicho, su padre que lo pagó), teníamos por costumbre decidir todo lo concerniente al grupo por votación y por mayoría simple -al mejor estilo democrático que hasta envidiarían algunos políticos nuestros.

En un principio nadie manifestó mucha disposición a prestar el instrumento, argumentando que el órgano se podía estropear durante el transporte, etc., etc... burdas excusas al fin y al cabo, porque lo que subyacía en todos nosotros era un cierto sentimiento de envidia. Recuerdo que a alguno de nosotros se le escapó un "ahora que son famosos, que se lo compren, carajo!" o alguna que otra frase por el estilo. Pero no sé si finalmente fue Beto o Esteban quien tuvo la feliz idea de acceder a prestarles el órgano, a condición de que actuásemos como teloneros en ese espectáculo.

Vuelta a llamar Marcos, le proponemos ese trato y después de varias llamadas telefónicas y de preguntarnos cómo se llamaba el grupo y otros datos más, nos contesta que la empresa del espectáculo aceptaba la propuesta, pero que tocaríamos una sola canción, ya que todo estaba organizado y no daba para más.

Nuestra idea era actuar en ese evento simplemente para que la gente nos fuera conociendo un poco más, y por la satisfacción de hacerlo frente a un público que entendía ese tipo de música. Sin más pretensiones. Pero todo fue más allá de lo que nos imaginábamos.

Esa tarde-noche acudimos sólo con nuestras guitarras y el teclado, como nos habían indicado los organizadores. Los amplificadores y la batería ya estarían en el escenario para ser utilizados por el resto de los teloneros y por los propios Shakers.

Al llegar a la sala nos encontramos bastante perdidos ante aquel estrado de una inmensidad que nunca habíamos visto, y algo confundidos entre el constante ir y venir de los operarios del espectáculo, de las emisoras que iban a retransmitir el evento, y la cantidad de músicos que trasegaban por el lugar. Estábamos con nuestras guitarras colgadas esperando a que nos dieran la orden de empezar a tocar, mientras se iban sucediendo las actuaciones de los otros teloneros. Nosotros continuábamos en espera.

En algún momento pensé que se habían olvidado de nosotros, o que por haber sido pactada nuestra actuación en el último momento no estaríamos en la programación. Hasta llegué a aventurar con desconfianza que todo había sido un engaño y que sólo querían nuestro órgano.

Pero no fue así. Por fin nos llamaron y creo que fuimos los últimos teloneros antes de la actuación de Los Shakers. Alguien nos enchufó las guitarras, nos indicaron que comenzáramos, y así lo hicimos.

La canción que elegimos para tocar esa noche fue "I just want to make love to you", del primer álbum de los Stones. Era una de la decena de canciones que teníamos largamente ensayadas.

Al principio Polo no se movía mucho por el escenario, pero enseguida dejando de tocar su guitarra levantó el pie del micrófono con las dos manos, quitó el micro del soporte y lanzó el soporte a un lado del escenario, como con rabia. Durante el solo de guitarra de Jorge, no dejó de saltar y recorrer el escenario de un lado a otro. Hasta nosotros mismos nos quedamos sorprendidos con su escenificación.

Supongo que hasta ese momento no se había visto nada parecido sobre un escenario, al menos en Uruguay. El público que había guardado un cierto silencio, comenzó a gritar y a aplaudir. Nosotros no sabíamos a ciencia cierta qué estaba sucediendo en la platea, ya que los potentes focos no nos dejaban ver más allá del escenario. Pero algo extraordinario parecía estar pasando.

Terminamos de tocar la única canción acordada y nos dispusimos a desenchufar nuestras guitarras, y con una enorme satisfacción ya dábamos por acabada nuestra cortísima actuación. Pero unos operarios nos estaban haciendo señas, que por nuestra nula experiencia en ese tipo de espectáculos no lográbamos entender. Hasta que un operario de Radio Sarandí, vecino de mi barrio a quien llamábamos "El Potato", se acercó algo cabreado a decirme "*¡Ché boludo, que toquen otra más!*"

Y tocamos "Time is on my side", también versionando a los Stones. Y ya comprendiendo las señas que nos hacían, tocamos una tercera canción, sin dejar de oír el griterío del público que al parecer quería seguir escuchándonos o viéndonos.

Sólo media hora antes no se nos habría ocurrido pensar que ese cierto éxito en ese preciso lugar podía ser posible. Un poco atolondrados por lo sucedido, por los focos, por el entorno y por la rapidez con que se sucedieron unos hechos tan absolutamente inesperados, salimos a la calle por una puerta trasera a la espera que Los Shakers terminasen de tocar para llevarnos nuestro teclado. Estábamos tan contentos con nuestra actuación que ni siquiera permanecimos en la sala para ver la actuación estelar de la noche, como así lo hicieron el resto de los teloneros. Pensábamos que todo había sido muy bonito y que nos quedaría un grato recuerdo, nada más.

Pero todavía no sabíamos las consecuencias que arrastraría esa actuación. Unos minutos más tarde se nos acerca Jorge Schaffner, quien hacía las veces de manager personal de nuestro grupo (honorario, por el momento), para darnos una noticia que nos iba a dejar pasmados: terminada nuestra actuación, entre bambalinas se encontraba un señor impecablemente trajeado quien comenzó a preguntar si había por allí algún integrante de Los Encadenados. Al escucharlo, Jorge Schaffner se identificó ante este señor como el representante del grupo.

Dicho señor se presentó como José Ángel Rota, productor de Los Shakers, entre otros conocidos artistas, en la discográfica EMI-Odeón de Argentina. Le preguntó a nuestro representante si teníamos algún tipo de contrato con agencias artísticas, otros representantes o compañías discográficas.

En caso de no tener ningún compromiso de ese tipo, afirmó que si nos parecía bien podíamos firmar un contrato con la discográfica que él representaba y estar grabando

dentro de quince días en los estudios de EMI-Odeón de Buenos Aires. Le dejó a Schaffner su tarjeta de visita para que se comunicase con él los días venideros.

Al oír esto nos quedamos blancos como un papel. Era exactamente lo que cualquier artista uruguayo buscaba durante años y la mayoría de ellos jamás conseguiría: ser contratado por una gran discográfica argentina.

Y a nosotros, que hasta hacía unas horas teníamos como máxima aspiración que nos contrataran con cierta regularidad los fines de semana en bailes y fiestas de Montevideo, nos sale un contrato nada más y nada menos que con la discográfica argentina donde estaban grabando Los Shakers con tanto éxito. No fue en absoluto buscado, ni siquiera habíamos pensado en tal posibilidad. Pero más redondo no nos podía haber salido ese 8 de diciembre de 1965.

Pocos días más tarde nuestro representante estaba llamando a Argentina para que nos confirmasen la fecha del viaje a Buenos Aires, pues teníamos pendiente un contrato desde finales de diciembre y durante el mes de enero en el Cantegril Country Club de Punta del Este, y no sabíamos si cancelarlo. La recomendación del señor Rota fue que cumpliésemos ese contrato, pues por motivos de calendario él también se veía obligado a posponer nuestra grabación, sin darnos una fecha definida.

Con el entusiasmo que teníamos esta noticia nos cayó como una losa, y pensamos que dentro de uno o dos meses se irían a olvidar de nosotros. Todo habría sido sólo un bonito sueño. Así que nos preparamos para hacer la temporada de verano en Punta del Este y comenzamos a olvidarnos un poco del supuesto viaje a Buenos Aires y de la grabación.

Última actuación como LOS ENCADENADOS

(Punta del Este, diciembre del '65 - enero del '66)

A finales de diciembre de 1965 estábamos instalados en uno de los bungalows perteneciente a la exclusivísima urbanización "Cantegril Country Club" de Punta del Este, preparados para comenzar las actuaciones en este club.

La primera preocupación que teníamos era encontrar un lugar de ensayo. Por lo visto dábamos más importancia a los ensayos que a las propias actuaciones.

Solicitamos al director del club que nos cediese algún lugar para ello, y nos cedió un local anexo que se llamaba "Sailor's Club" (club de marineros) que estaba en desuso.

Como es de suponer su decoración era muy al tono: redes de pesca colgando del techo, y toda clase de símbolos y artilugios de marinería desparramados por el local. Era todo muy rústico, hasta recuerdo que el suelo era de piedra sin pulir.

En el fondo del local se amontonaban, cerradas, una buena cantidad de sillas y mesas plegables. El local en cuestión estaba situado en una zona lateral del inmenso jardín con césped y arboleda que tenía el club, cerca de una gran piscina.

Era un lugar para privilegiados, al que concurrían los más adinerados turistas uruguayos y argentinos -éstos últimos en clara mayoría- para tomar el sol, bañarse en la piscina o echarse sobre el fresco césped bajo la sombra de algún pino, seguramente para descansar del arduo trabajo que habrían realizado durante todo el año, manteniendo el látigo en mano para que sus 54 empleados trabajasen más por menos dinero. De otra forma no habría manera de pagarse tan costosas vacaciones. (¡Caramba, este bendito orador se me va solito hacia la izquierda!)

Vuelvo a Los Encadenados. El segundo día de nuestra estadía comenzamos a ensayar en aquel bonito local, a la espera de que llegase el sábado para tocar en un gran baile que se celebraría en el salón principal del club.

Desde los primeros ensayos algunos chicos y chicas que merodeaban por los jardines, al oír la música abrían las acristaladas puertas del local y se sentaban a escucharnos.

A los pocos días ya eran 20 o 30 jóvenes los que acudían a nuestros ensayos y algunos hasta se ponían a bailar. Esto condujo a que el director del club decidiera que hiciésemos las actuaciones en ese mismo lugar.

Todo era absolutamente informal. No teníamos hora para comenzar ni para terminar. Nosotros ensayábamos y no nos preocupaba para nada el público presente, cortábamos las canciones en cualquier momento para hacerles algún arreglo, las repetíamos las veces que fuera necesario y dejábamos de tocar cuando nos daba la gana. Y encima nos pagaban por ello.

Hasta había quien se animaba a sugerirnos algún tema o arreglo, como fue el caso de Richard, un chico argentino que tocaba la guitarra y era fan de Bob Dylan (mucho después me entero de que es uno de los productores más influyentes de Argentina).

Así fueron transcurriendo los días de ensayo-actuación, dedicándole tiempo también a preparar algunas canciones propias que habían compuesto Jorge y Polo para el futuro disco a grabar en Buenos Aires, a pesar que no veíamos nada clara su materialización. Casi no hablábamos sobre este tema, pensando que las cosas irían para largo, o quizás para nunca más.

Pero una de esas tardes entra al local un señor vestido con pantalones cortos y camisa de colores, acompañado por nuestro representante-honorario Jorge Schaffner, y nos saluda con un "Hola, chicos".

Ninguno de nosotros conocíamos de nada a ese señor y le devolvimos el saludo con un lacónico "hola", casi sin mirarle a la cara. ¿Qué querrá éste ahora?, pensamos.

Jorge Schaffner nos lo presenta como el señor Rota, el productor de la EMI Argentina, que estaba pasando unos días de vacaciones en Punta del Este como corresponde a cualquier ejecutivo bonaerense que se precie, y venía a visitarnos. Seguramente Schaffner le habría puesto al tanto de nuestra desilusión con respecto a la prometida grabación, pues las primeras palabras que dijo fueron: "No se preocupen para nada por la grabación, la oferta sigue en pie y pienso que para el mes de febrero (de 1966) estarán grabando en Buenos Aires".

Acto seguido se dio media vuelta con aire de suficiencia, largándose por donde había entrado con un "Nos vemos, chicos".

Era lógico. Con nuestro entusiasmo casi infantil no nos percatábamos de que durante los meses de diciembre y enero las empresas dan vacaciones al personal y cierran, o sólo trabajan a medio gas. Vaya! Y a nosotros casi se nos estaban cayendo las lágrimas de pena y desilusión.

Ni bien dejamos de ver al señor Rota a través de los cristales de la puerta comenzamos a saltar de alegría como cinco chiquillos. Que realmente éramos.

Después de esta confirmación no hicimos más que pensar en la preparación de nuestro primer disco.

En aquel club conocimos a muchos chicos y chicas argentinas con las que después mantuvimos una buena amistad cuando fuimos a Buenos Aires. Así ocurrió con una chica de nombre Inés (pongámosle ese nombre). Nos conoció ensayando en el "Sailor's

Club" y poco después logró que su padre organizara una fiesta en su casa de Punta del Este y nos contratara para tocar.

Inés era ferviente admiradora de los Rolling Stones. Tenía todos los LPs que habían publicado hasta el momento, que le había traído su padre de unos viajes que hacía a EE.UU. Y eran discos que todavía no se conocían en Uruguay! Aquello fue una maravilla como caída del cielo para nosotros: material para versiones y fuente de inspiración para futuras composiciones propias.

Como si esto fuera poco, Inés también tenía una guitarra eléctrica de lujo, una Gretsch Country Gentleman como la que veíamos en las fotos de los grupos ingleses. Para nosotros sólo pensar en tocarla era un sueño inalcanzable, pero al año siguiente nos la prestó para grabar una de las canciones de nuestro primer disco.

En Buenos Aires su familia vivía en una gran casa ajardinada de Palermo Chico, zona donde se sitúan las embajadas extranjeras, custodiada por vigilantes ostensiblemente armados. Al parecer a Inés le gustaba Polo, y un día apareció en una de nuestras sesiones de grabación en los estudios de la EMI. Venía acompañada por un aya, un chofer y un guardaespaldas! Mal lo tenía Polo con esa chica... ni siquiera podía acercarse a ella.

La chica le explicaba a Polo que sus padres tenían un secuestro. Pero en aquellos años Argentina pasaba por un buen momento económico y todavía no ocurrían secuestros para pedir rescate, como después sí fue el caso. La preocupación sería, entonces, por otros motivos: políticos, seguramente (su padre tenía un alto cargo en la embajada de EEUU, agregado militar o algo así oímos decir).

Pero al fin y al cabo, no creo que Inés se preocupara por ser secuestrada. Total, ya la tenían secuestrada sus padres.

Volviendo a Los Encadenados en aquel Club de Punta del Este: a mediados de enero de 1966 veíamos muy cerca nuestra grabación en Argentina. Nos preocupaba sobre todo preparar bien nuestro futuro disco. Como en Punta del Este primaba el ambiente festivo de vacaciones, se nos hacía un poco difícil concentrarnos en esa tarea. Así que de forma casi intempestiva decidimos abandonar el lujoso balneario y volver a Montevideo.

Ni siquiera había plaza en los autobuses para esos días, pero no queríamos perder más tiempo. Así que volvimos a Montevideo en tren, algo totalmente inusual para viajar desde o hasta Punta del Este, pues no había una estación de trenes cerca, sino sólo una parada a unos cuantos kilómetros del balneario.

Nunca olvidaré ese apeadero porque estaba enclavado en medio del campo, en una zona seca, casi desértica, donde el viento hacía rodar grandes bolas de vegetación seca por el terreno. Esperando el tren junto al viejo edificio de la estación, construido por los ingleses quizás en el siglo XIX, me parecía estar dentro de una película filmada en el lejano Oeste. Sólo faltaba en el andén un viejo granjero sentado en su mecedora, con su sombrero tapándole los ojos y fumando una pipa de mazorca de maíz.

PREPARATIVOS PARA EL VIAJE A BUENOS AIRES

(enero - marzo 1966)

Desde nuestro regreso a Montevideo a mediados de enero del '66, nuestras únicas preocupaciones fueron los ensayos para preparar la grabación de nuestro primer disco en EMI-ODEON Argentina. Pero nuestro eterno problema era que nadie aguantaba mucho tiempo a estos aprendices de rockeros. Lo que para nosotros era música, para

los mayores sólo era ruido molesto. Empezamos a ensayar otra vez en la trastienda del antiguo negocio del padre de Esteban, y a las pocas semanas nos fuimos a casa de la señora Aguirrezabalaga, que se había convertido en nuestra auténtica mecenas.

Allí, cuando en algún momento del ensayo Jorge o Polo nos venían con un "a ver si les gusta ésta", el resto del grupo sabíamos que nos iban a presentar una nueva composición. Sobre la marcha le hacíamos unos arreglos básicos, y si sonaba bien la adoptábamos y comenzábamos a trabajarla en detalle. En caso contrario, después de haber probado la nueva pieza que nos presentaban, no había necesidad de palabras. Sólo con ver la cara de desaprobación de la mayoría del grupo, quedaba descartada. Lo curioso del caso era que ninguno de los compositores se ofendía lo más mínimo cuando desechábamos su creación, y mucho menos había bronca alguna o rencor por el rechazo. Lo tomaban con total naturalidad. Hubo momentos en que ante una composición manifiestamente mediocre le decíamos a su autor "esto es una porquería" o "eso es una mierda, no jodas", y terminábamos en risas. Era tan fuerte el sentido de conjunto que habíamos adoptado, que nuestro orgullo personal pasaba a un segundo plano; el fin primordial era el grupo por encima de todos y cada uno de nosotros.

Así fue pasando la segunda mitad de enero y febrero del 66, hasta que a principios de marzo nos comunican desde Buenos Aires que otro grupo que también tenía contrato con EMI-Odeón Argentina, al pasar por Montevideo vendría a visitarnos a nuestro ensayo. Era el Con's Combo, un grupo formado por cuatro suecos que se habían radicado en Buenos Aires en 1965, más o menos por las mismas fechas que los Shakers.

Un revuelo de gente se formó en el barrio donde ensayábamos, en ese momento la casa de la Sra. Aguirrezabalaga, en barrio de clase media, más bien humilde que elitista. Algunos de los rubios suecos llevaban el pelo largo hasta los hombros, lo cual comparado con las melenas del resto de grupos de ese momento -incluidos nosotros mismos- era algo inaudito. Eso, unido a la estatura de alguno de ellos como su bajista, un hombretón de dos metros de alto, no sólo los caracterizaba como seres de otro continente, sino que a los pacatos montevideanos de aquella época les debían parecer verdaderos marcianos.

Por nuestra parte, lo que menos nos interesaba era el revuelo formado por la presencia de estos chicos, sino lo que su visita significaba. Era, en cierta manera, un primer acercamiento en carne y hueso con la EMI-ODEON, a través de estos integrantes del Con's Combo, de los cuales íbamos a ser compañeros de sello discográfico. No estábamos equivocados, ya que una semana más tarde la discográfica nos envió los seis ansiados pasajes para viajar a Buenos Aires: cinco para los integrantes del grupo y uno más para quien ya era nuestro manager oficial, Jorge Schaffner.

Evidentemente, con 18 añitos recién cumplidos nos ilusionaba sobremanera la idea de grabar en una gran compañía internacional como la EMI, actuar en TV y en salas de fiestas de Buenos Aires. En un país pequeño como el nuestro no existían sellos discográficos, y la TV sólo llegaba a tener repercusión en Montevideo capital. En cambio en Argentina, un país que multiplicaba por quince la superficie y los habitantes de Uruguay, tanto la TV como las discográficas no sólo eran de alcance nacional, sino que traspasaban fronteras. Los artistas uruguayos, chilenos, paraguayos y hasta colombianos (como fue el caso de Los Wawancó) apuntaban sus baterías hacia lo que era la capital de la industria discográfica en el Cono Sur: Buenos Aires.

A pesar de nuestro entusiasmo ante la perspectiva del viaje, no recuerdo haber tenido conversaciones entre nosotros haciéndonos ilusiones sobre la fama, el dinero o los lujos que podríamos conseguir. Creo que ni siquiera lo pensábamos. Y mucho menos pensábamos en compararnos con Los Beatles o Los Rolling Stones, algo desmesuradamente grande para nosotros, lejano e inalcanzable. Pensábamos que si nuestra aventura argentina llegaba al nivel de Los Iracundos o Los Shakers, nos podíamos dar por muy satisfechos.

Probablemente ya teníamos las cabecitas bastante "bien amuebladas" y no nos volvimos locos ante la perspectiva de pasar, en sólo un par de meses, del intento de ser un buen grupo musical, con la meta de tocar como máximo los fines de semana en fiestas de Montevideo, y continuando cada uno de nosotros en sus respectivos hogares, con nuestros estudios y empleos... a pasar de repente a grabar un disco en una gran compañía multinacional, en otro país, separándonos de nuestro entorno habitual y dedicándonos exclusivamente a la música como profesionales. Pero gracias a esta actitud, y pese a nuestra corta edad, pudimos aguantar la locura de nuestro primer año en Buenos Aires sin perder ni pizca de nuestra ilusión por el grupo, a pesar de todos los contratiempos.

Tampoco descarto la posibilidad de que no tuviésemos la menor idea de todo lo que nos estaba ocurriendo.

EMBARCANDO HACIA BUENOS AIRES

Por fin llegó el ansiado día de nuestro viaje, el 30 de marzo de 1966. Nuestros equipos se embarcaban en la bodega del buque que nos llevaría a Buenos Aires, tarea de la cual se ocupó Jorge Schaffner como nuestro mánager oficial. Habíamos firmado con él un contrato escrito, mejor dicho, lo firmaron (a regañadientes) nuestros padres, ya que todavía éramos menores de edad a esos efectos. Lo mismo ocurrió con los necesarios permisos de viaje, que a pesar de todas sus prevenciones nuestros padres acabaron firmándonos también.

Llegamos puntuales al embarque, en uno de los muelles del puerto de Montevideo, con nuestras incipientes melenas y las guitarras en la mano, una hora antes de la partida. Allí acudieron a despedirnos nuestros padres, hermanos y demás familiares, que nos saludaban agitando sus pañuelos y quizás secándose alguna lagrimita. Era un espectáculo más propio de una partida hacia otro continente, aunque nosotros íbamos a viajar en un vetusto barco que no hubiese aguantado la más mínima ola en mar abierto. Sólo íbamos a cruzar hasta la otra orilla del Río de la Plata, un viaje de apenas 200 kilómetros. Podría decirse que íbamos "ahí al lado", o "donde mean las viejas". Eso sí, el viaje duraría toda una noche.

Recuerdo que mi padre, que era funcionario judicial y cobraría su sueldo uno o dos días más tarde, a última hora no pudo dejarme más que un billete de diez pesos, equivalente al valor de un cartón de cigarrillos. Seguramente el resto de los integrantes del grupo tampoco llevaría una suma mayor al emprender tan "magna" aventura.

Pero si ése fue nuestro caudal inicial al llegar a tan lejanas tierras, durante más de un año no llegaríamos a manejar mucho más dinero del que en ese momento llevábamos en nuestros bolsillos.

Embarcamos. El barco se alejaba y las luces de Montevideo se perdían a lo lejos. Se me había ocurrido la idea de llevar conmigo una pipa y tabaco. Pensaba que sería un magnífico complemento para sentirme más 'marinero' en aquel viaje, que más que un mar surcaba las cenagosas aguas de un río barroso.

Eso sí, quería fumar la pipa sin que lo vieran mis compañeros, para no ser motivo de risas durante el resto del año. Así que me separé del grupo y me instalé lo más cercano posible a la proa del buque. Allí pretendía empezar a fumar una humeante pipa.

Humo sí produjo, pero sólo el que emanaba de las cerillas que gastaba en el intento de hacer arder el tabaco, mal colocado en la pipa y para más infortunio, contra el viento de proa que apagaba las cerillas antes de encender nada.

Mientras tanto, en aquel imposible intento de encender la pipa noté a mis espaldas que un potente foco proveniente del puente de mando estaba haciendo señales. Pensé que eso no tenía nada que ver conmigo y que serían las señales de un "cruce de barcos", como si en una carretera estuviésemos.

Tuvieron que mandar a un marinero para que me diera cuenta, diciéndome *¿ché pibe, pero no te das cuenta que aquí no se puede estar?* Después me hizo saltar sobre tres gruesos cabos cruzados en los pasillos de los cuales pendía un cartelito que rezaba "Prohibido pasar", diciéndome al pasar cada cartelito: *ves lo que dice acá, ¿o no sabés leer, pibe?* Ahí terminó mi historia de marinero con pipa, con un intenso sabor a fósforo en la boca en lugar de tabaco. No sé de donde había sacado que los marineros fumaban en pipa.

Diez años más tarde el destino me llevó a embarcar como marinero en la Marina Mercante griega y allí todo el mundo fumaba Marlboro, Winston, L&M, etc. De pipas, nada de nada. Seguramente me había inspirado en los dibujos animados de Popeye el marinero.

En ese barco que nos llevaba a Buenos Aires, acabamos la noche persiguiendo por los pasillos a unas chicas de nuestra edad que iban de excursión en grupo, muy divertidas y agradables, hasta que uno de nosotros intentó entrar al camarote de las chicas. Eso bastó para que dos de ellas salieran al pasillo profiriendo gritos de alarma. No sabíamos dónde meternos.

Por lo tanto decidimos irnos a dormir a nuestros camarotes, antes de que un par de fornidos marineros nos tiraran por la borda.